



SS

**SERVICIO
SECRETO**

TONY M. TOWER

DOS CRUCES EN LA NIEVE

se

La reducida habitación de la torreta de radio del enorme aeropuerto de Thule, en la costa occidental de Groenlandia, exactamente en el paralelo 77, a una distancia realmente corta en vuelo del Polo Norte, parecía envuelta en una extraña agitación.

A través de las amplias lunas se veía azotada por el viento huracanado la bandera a media asta con la cruz verde de seguridad.

Cualquiera de los varios miles de habitantes militarizados de la base ártica de los Estados Unidos podía comprender por aquella señal, que algo no marchaba bien. Que se había dado la alarma en algún punto al norte del mundo.

El operador de radio apartó sus auriculares y maniobró en una clavija, para después decir con desaliento:

—¡Es inútil, coronel! ¡No es posible establecer comunicación!



Tony M. Tower

Dos cruces en la nieve

Bolsilibros: Servicio Secreto - 148

ePub r1.0

jala y xico_weno 06.07.17

Título original: *Dos cruces en la nieve*
Tony M. Tower, 1953

Editores digitales: jala y xico_weno
ePub base r1.2





Tony M. Tower

Dos Cruces en la nieve

1ª. EDICIÓN

MAYO 1953

EDITORIAL

Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

CAPÍTULO PRIMERO

La reducida habitación de la torreta de radio del enorme aeropuerto de Thule, en la costa occidental de Groenlandia, exactamente en el paralelo 77, a una distancia realmente corta en vuelo del Polo Norte, parecía envuelta en una extraña agitación.

A través de las amplias lunas se veía azotada por el viento huracanado la bandera a media asta con la cruz verde de seguridad.

Cualquiera de los varios miles de habitantes militarizados de la base ártica de los Estados Unidos podía comprender por aquella señal, que algo no marchaba bien. Que se había dado la alarma en algún punto al norte del mundo.

El operador de radio apartó sus auriculares y maniobró en una clavija, para después decir con desaliento:

—¡Es inútil, coronel! ¡No es posible establecer comunicación!

El coronel Douglas Mac Person, jefe de las Fuerzas Aéreas en Thule, lanzó una imprecación y empujó violentamente al que le hablaba.

—¡Déjeme usted! ¡Vaya a la cantina y tome una taza de café! ¡Yo ocuparé su puesto! ¡Llevamos tres días sin noticias del grupo Castor, pero forzosamente he de conseguirlas antes de empezar una búsqueda desesperada! El profesor Wander es un hombre de recursos; quizá hayan tenido avería. Si tomaron tierra felizmente no han podido desaparecer. ¡Déjeme!

Se sentó ante el tablero y comenzó a maniobrar los mandos. Tomó el micrófono y repitió con voz segura una y otra vez:

—¡Llamada de Thule! ¡Llamada de Thule! ¡Llamando al grupo Castor! ¡Llamando al grupo Castor! ¡Escucho! ¡Cambio!

Giró el mando del altavoz para que todos los reunidos pudieran captar el esperado mensaje, pero sólo se oyeron los ruidos

atmosféricos.

Volvió a repetir la llamada con insistencia, inútilmente. Cansado, el coronel se dejó convencer por el operador y abandonó la escucha. Se dirigió al teléfono y marcó un número.

—¿Radar? Mac Person al habla. ¿Hay alguna novedad?

Tras breves segundos colgó el aparato y se volvió al grupo de militares para decir con desaliento:

—La cadena radar no acusa la presencia de ningún avión por esta zona. Tienen que continuar detenidos en el punto de aterrizaje. No lo comprendo. Cinco hombres no han podido desaparecer repentinamente.

Cuando el silencio que siguió a las palabras del coronel era más significativo, una voz llegó a ellos de improviso a través del altavoz, mientras el operador daba un bote en su asiento y se oprimía los auriculares nervioso. Todos corrieron al receptor.

Era un hombre cansado el que hablaba. Un hombre que se expresaba con incoherencia.

—¡Llamada a Thule! ¡Llamada a Thule! ¡Aquí Wander! ¿Me escuchan? ¡Cambio!

El coronel había tomado bruscamente el micrófono para gritar:

—¡Le oímos, Wander! ¡Denos su situación! ¡Díganos qué diablos ha pasado en estos tres días! ¡Cambio!

Se hizo un silencio insostenible y al fin el profesor continuó:

—¡No puedo mantener el contacto! ¡El aparato está deshecho! ¡Es horrible! ¡Horrible! ¡Vengan a buscarnos! ¡El C-47 ha quedado destrozado y el piloto con él! ¡No pudimos elevarnos! Los cohetes han explotado y uno de los hombres no ha vuelto de una exploración. ¡Somos tres nada más...! —Se hizo otro silencio y enseguida Wander continuó en voz susurrante—: ¡No puedo continuar! ¡Vienen los otros... Nuestra posición es un grado al norte del paralelo 80. A la altura de...!

La voz que hablaba se quebró y se oyó una explosión... Después sólo continuaron sonando las interferencias.

—¡Wander! ¡Wander! ¡Conteste! —rugió Mac Person—. ¡Operador! ¡Busque la comunicación! ¡No se quede ahí inmóvil!

Pero fue inútil. Después de más de una hora comprendieron que había perdido el único contacto con la expedición del profesor Wander.

—Vengan conmigo —dijo el coronel a sus ayudantes—. Vamos a mi despacho. Habrá que dar cuenta al jefe de esto y disponerlo todo para salir en busca de esa gente.

Poco después, y ante un enorme mapa mural de la región, el coronel daba las últimas instrucciones a sus hombres:

—¡El grupo Castor tenía una misión específica. La de realizar diversos estudios meteorológicos y geológicos al norte del paralelo 80. Disponía de un equipo suficiente y que ha logrado éxitos en operaciones más difíciles. Sin duda el aparato

C-47,

que iba provisto de esquíes, se ha agarrotado al hielo y no ha podido despegar. A eso se debió referir el profesor. Habrán tratado de elevarse con el auxilio de los cohetes... pero ya sabemos todos que esto es muy peligroso cuando la temperatura baja de los 60 grados. Han explotado, se ha destrozado el avión y han causado además la muerte del piloto. Todo esto es muy desagradable y relativamente normal...!

—Había algo extraño en las palabras del profesor —interrumpió un capitán delgado y moreno, uno de los primeros pilotos que recorrieron las rutas árticas—. ¿Por qué temía la presencia de sus compañeros? ¿Por qué dijo que no podía continuar hablando? Y la conversación se cortó un tanto bruscamente...

El coronel se pasó la mano por la barbilla sin dejar de examinar el mapa.

—Cierto —dijo—. No comprendo nada de ello y tenemos que averiguarlo inmediatamente. Usted, Morris —se dirigió al que acababa de hablar—, vendrá conmigo. Llevaremos un

L-20.

No necesitaremos equipo. Prepare el aparato enseguida y avíseme.

CAPÍTULO II

EL motor De Havilland de fabricación canadiense del
L-20

runruneaba con regularidad y potencia.

El coronel Mac Person que llevaba los mandos con Morris, no cesaba de examinar la blanca superficie, monótona y brillante que se deslizaba bajo ellos.

—Nos situaremos en el punto donde la ruta habitual corta el paralelo 80, y desde allí trazaremos círculos. ¡Ese Wander siempre se distrae algo! Cuando hace tres días llegaron al punto que eligieron y nos llamó por radio, debió darnos su posición exacta. Nos hubiéramos evitado esto si...

Aunque el coronel dejó la frase inconclusa el capitán Morris nada respondió. Se volvió para preguntar al telegrafista que se sentaba a su espalda:

—¿Algo de nuevo? —Y como el otro negase con la cabeza, añadió—: no deje de comunicar con Thule. Quizá el profesor vuelva a tomar contacto.

Cuando ya llevaban bastante tiempo luchando con los vientos huracanados de velocidades superiores a los doce nudos por hora, el coronel lanzó una exclamación:

—¡Allí hay algo, Morris! ¡Prepare el tren de aterrizaje! Trataremos de llegar hasta ellos. Hay mucha nieve, pero creo que encontraremos una pista de hielo detrás de aquella loma un poco protegida.

Volaron sobre los restos de un avión. Sólo quedaba intacto un gran trozo de la cola en la que aparecía la orgullosa estrella. Todo el cuerpo del

C-47

estaba desparramado en unos cuantos metros con signos evidentes de haber sido presa del fuego.

Mac Person apretó los labios hasta convertirlos en una fina línea. Hizo girar violentamente su aparato en un ángulo atrevido y a los pocos segundos se deslizaban sobre una dura superficie que hizo botar y gemir el fuselaje.

Antes de detenerse viró el avión colocándole de cara a la pendiente para poder volver a elevarse, pero con ello uno de los esquís se hundió varios centímetros en la nieve agarrotando bruscamente el

L-20.

Los tres hombres saltaron a tierra. Vestían amplias chaquetas forradas de piel, manoplas enormes ocultaban sus manos y los rostros los cubrían gruesos gorros de lana que sólo dejaban al descubierto los ojos. Sin embargo, todas estas medidas eran insuficientes para resistir los 40 erados bajo cero que asolaban el largo día polar de varios meses sin noche.

Corrieron torpemente hasta llegar a los restos del aparato siniestrado. Sin decir palabra lo examinaron cada uno por un sitio. Después se reunieron al resguardo de la cola.

—¿Qué ha sido de esa gente? —preguntó el coronel extrañado—. El piloto ha debido quedar destrozado por la explosión, pero si era el único que ocupaba el aparato, debía tratar de elevarse para llegar a Thule a pedir auxilio. El profesor estaba vivo hace unas horas y dijo que dos más permanecían con él. Otro parece, según sus palabras, que ha desaparecido en una exploración. ¿Dónde están el profesor y los otros dos? ¡No lo entiendo!

—¡Fíjese, coronel! —exclamó Morris muy excitado—. ¡Esas huellas de tractor son recientes! ¡Se alejan hacia el sur! ¡Y ellos habían traído un Weasel mediano...!, ¿lo recuerda, coronel? No está entre los restos del avión ni tampoco los envases de combustible. ¡Estos hombres se han marchado! ¡Están locos! ¿Tratarán de llegar a Thule por tierra? ¡No saben lo que hacen...! ¡Han quemado el barracón!

Siguieron unos metros las señales de las gomas macizas del tractor, diseñado especialmente para las tierras polares. Después volvieron hacia lo que debió ser campamento del grupo Castor. Se veía nieve removida y envases vacíos de conservas. Un hoyo

profundo indicaba el sitio en que había estado emplazada la estufa de gas-oil.

—¡Morris! —gritó repentinamente el coronel—. ¡Vayan al avión y traigan una pala!

Los dos hombres obedecieron extrañados y cuando regresaron con la herramienta, Mac Person musitó al tiempo que la esgrimía:

—Un detalle sentimental que los honra. Han trazado una cruz en el hielo.

—¿Una cruz? —exclamó Morris, empezando a comprender.

No hubo necesidad de trabajar mucho. A las primeras paladas de hielo recientemente apilado encontraron lo que buscaban. El cadáver del profesor Wander estaba apenas cubierto. Limpiaron someramente la nieve que le ocultaba las facciones y sin decir palabra lo cogieron entre los tres conduciéndola al

L-20.

—Depositadle sobre esa colchoneta —ordenó Mac Person—. No podemos permanecer aquí más tiempo. El hielo va a cubrir por completo los esquíes.

De todos modos, tuvieron que estar nuevamente apaleando nieve basta dejar libre el tren de aterrizaje, y con ciertas dificultades y después de intentarlo varias veces, consiguieron que el avión se deslizara sobre la pista improvisada remontando el vuelo rápidamente.

Dieron una última pasada sobre el campamento del grupo Castor y enfilaron rumbo a Thule.

—Los hombres del tractor no deben estar muy lejos —murmuró Mac Person—. Quizá pudiéramos intentar seguirlos desde el aire, pero sería una tarea difícil. No sabemos la dirección que han tomado y tampoco se aprecian desde aquí huellas del tractor. Hace varias horas que han debido partir.

—¡Pobre gente! —lamentóse Morris—. Dos hombres solos y a tantas millas de la base... ¡No podrán llegar!

—No creo que se dirijan a Thule —contestó el coronel—. Tenemos que dar cuenta de esto inmediatamente a Old. Es un asunto endiablado y hay algo que usted no ha debido advertir, Morris.

—¿Qué es ello?

—El profesor Wander, Echele una ojeada. Era un hombre valioso que con su sismógrafo ha ayudado mucho a que podamos utilizar Groenlandia. Si se fija bien verá que la causa de su muerte no es lógica ni accidental. Tiene un balazo en la nuca...

* * *

El mayor general William D. Old descendió del avión que acababa de traerle de su puesto central en Elmendorf, sede del comando aéreo de Alaska, con autoridad en toda la cadena de base de los Estados Unidos más allá del círculo polar.

Era un hombre aún joven que personalmente, incluso tomando el volante de las excavadoras y los tornapules, había dirigido todo el sistema defensivo de su país en aquellos inhóspitos lugares.

Mac Person le recibió, acompañándole a su despacho. Varios oficiales esperaban y se levantaron al entrar el general.

—¡Hola, caballeros! —dijo éste campechanamente—. Veamos, Mac Person, qué historia es esa que me ha contado usted. No acabo de comprenderlo bien...

El coronel le invitó a tomar asiento y empezó a narrar el extraño fin de la expedición del grupo Castor.

—¿Cuál era su misión y qué miembros la componían? —preguntó Old.

Mac Person tomó una hoja que le tendió su ayudante y leyó:

—La encabezaba el profesor Wander, geólogo de las Fuerzas Aéreas. Con él iba el piloto del C-47,

Lewis Homer, el cabo Elmer Rice, meteorólogo, el teniente William Peary y el teniente Joseph Bruce, estos últimos cartógrafos. Estaban realizando exploraciones al norte del paralelo 80 para levantar cartas de aquellas zonas.

—¿Quiénes son los dos hombres que han desaparecido con el tractor y el resto del equipo? —preguntó nuevamente el mayor General.

—No lo sabemos exactamente. El piloto murió en la explosión del avión. Se han encontrado sus restos. El profesor, lo que queda de él, lo tenemos aquí al lado. Los otros tres, Elmer, Peary y Bruce, han desaparecido. Suponemos que uno de ellos murió, al parecer

accidentalmente. Por lo tanto...

—Comprendo —dijo el jefe reflexionando—. Es un caso curioso. No sabemos cuál de ellos es el muerto, si es que queda alguno con vida. De todos modos hay dos hombres en algún lugar de Groenlandia que tenemos que encontrar aunque no conozcamos sus nombres. Enséñeme esas muestras que llevaba el profesor.

Mac Person abrió un cajón de su mesa cerrado cuidadosamente con llave y le mostró un pequeño envoltorio.

—El pañuelo de Wander —explicó—. Lo encontramos en su bolsillo. Los asesinos no debieron registrarle. Mire lo que contiene. Me he cerciorado por un colega del profesor... —desdobló la tela y le mostró unas pequeñas piedras cristalinas. El general tomó una y la examinó cuidadosamente. Después dijo:

—¿De modo que esto es un diamante en bruto? El pobre Wander ha pagado bien caro su descubrimiento... —dejó caer la piedra sobre la mesa y ordenó—: Bien, Mac Person. Siento mucho que una cosa así haya podido suceder entre mi gente. Esos canallas que han asesinado a Wander tienen que ser encontrados vivos o muertos. Si, efectivamente, se trata de un yacimiento de diamantes, habrá que comunicarlo al Gobierno de Dinamarca, al que pertenece la riqueza de este país. Pero antes hemos de echar el guante a esos hombres que conocen el emplazamiento. Telegráfíe inmediatamente a Washington. Esto entra de lleno en las actividades del

F. B. I.

Que envíen uno de sus hombres. Y creo que es preferible que esto quede entre nosotros. Sería terrible que se produjera una fiebre de buscadores de fortuna entre la población de Thule... Llame a Hoover. ¡Que nos mande un buen tipo!

CAPÍTULO III

Thule es una ciudad extraña que ha surgido de la noche a la mañana en un fiordo inexplorado, más allá de lo que se entiende por tierra habitable.

Algunos pocos esquimales que tenían la suficiente resistencia física para vivir sobre aquella parte del mundo veían ahora, asombrados, una población ultramoderna, con luces de neón, cinemas y clubs sociales, si bien muy distinta de las grandes urbes civilizadas. El clima impone muchas servidumbres.

Por las calles circulan los tractores, los vehículos oruga. Los edificios son todos barracones de distintos tamaños, de inclinada cubierta. Signos y números distinguen las agrupaciones y una inmensa muchedumbre uniformada ocupa los lugares de trabajo y esparcimiento.

El aeropuerto tallado sobre el hielo, una labor titánica, es uno de los mayores del mundo.

Cuando el gigantesco

B-29

de las fuerzas Aéreas se detuvo al final de una de las pistas, varias personas descendieron. Militares y trabajadores, los trabajadores mejor pagados del mundo, que regresaban de unas vacaciones o llegaban por primera vez. Entre ellos apareció un hombre alto, muy delgado, vestido con un abrigo demasiado flojo y una bufanda enrollada al cuello. Llevaba un sombrero de grandes alas y gafas de concha.

—¡Bonito sitio! —murmuro entre dientes—. ¡Siempre me toca bailar con la más fea!

Tomó su pequeña maleta y penetró en la oficina.

Poco después era conducido en un «jeep» hasta el despacho del

coronel Mac Person. Entró y tomó asiento enseguida junto a la estufa. El coronel le miró sonriendo y luego preguntó:

—Usted debe ser

O'Reilly

¿no? Mucho gusto en saludarle...

El aludido le tendió la mano sin apartarse del grato calor y Mac Person la estrechó con fuerza. Luego se volvió a su ayudante que estaba contemplando la escena y le dijo:

—¡Vamos, muchacho! ¿No ve que —el señor

O'Reilly

necesita ropa? Vaya al almacén a buscar algo.

Instantes más tarde el recién llegado estaba enfundado en una gruesa chaqueta de piel que venía un poco corta a su alta talla.

—Agradecido, coronel. No tuve tiempo de informarme bien. Hoover no me dejó ni respirar. Ante todo le diré que tengo un carnet de prensa. Vengo a realizar una serie de artículos sobre esta zona.

—Me parece muy bien y deseo que su estancia entre nosotros sea corta. Aquí tiene en este legajo todo lo concerniente al caso. Léalo y después hablaremos.

Tendió al agente del

F. B. I.

una carpeta y éste estuvo casi una hora examinando las declaraciones y notas. Después se la devolvió.

—¿Qué opina usted, coronel? —preguntó.

—Perdone,

O'Reilly

—repuso calmadamente Mac Person—. Es usted quien debe opinar como experto...

El agente lanzó una bocanada de humo. Arrojó al cenicero el resto del cigarrillo y empezó despacio a exponer sus ideas:

—Yo veo el caso del siguiente modo, a juzgar por estos documentos: Esa expedición salió hace unos días hacia el norte. Aterrizó felizmente en el punto escogido y se puso en contacto, por radio, con Thule. Después cesó la comunicación durante tres días. En este tiempo sucedieron varias cosas. El piloto del avión había intentado regresar a la base en busca de víveres o utensilios y produjo la explosión accidental del avión con los cohetes accesorios

que se utilizan para ayudar a remontar el vuelo. Además, el profesor Wander, geólogo y jefe del grupo, encontró en algún punto diamantes en bruto, supongamos que en gran cantidad. Esto despertó la codicia de un par de compañeros, no sabemos quiénes exactamente, que destrozaron el transmisor de radio y, finalmente, cuando el profesor consiguió repararlo y ponerse al habla con ustedes, lo asesinaron y huyeron tierra adentro a bordo del tractor que formaba parte del equipo. ¿Lo cree usted así?

—Efectivamente. Y su misión es encontrar a esos hombres. Ya sabe usted que son tres los desaparecidos, pero de las palabras de Wander se deduce que uno de ellos murió anteriormente en un accidente o se perdió. Quedan, por tanto, dos.

—¿Cree que habrán tenido posibilidad de éxito en su huida?

—Nunca se puede asegurar nada en estos lugares, amigo O'Reilly.

Una expedición francesa que llevaba vehículos parecidos consiguió atravesar Groenlandia de costa a costa... Pero eran muchos y con más preparación...

—Entonces, también éstos pueden conseguirlo. Los informes dicen que llevaban combustible suficiente. Si alguna tormenta demasiado violenta no se lo impide pueden llegar al sur, a la costa. ¿Quiere esto decir algo?

—Desde luego. En invierno podrían pasar a través de los hielos hasta Labrador, pero ahora tienen otra oportunidad mejor. Esperar a ser recogidos por alguna expedición canadiense de pesca. En la costa del oeste hay varios poblados esquimales, más abajo del paralelo 70...

—No se trata, pues, de una tentativa suicida. Pero de todos modos, mucho valor han de tener esas piedras para que se arriesguen a tal viaje. Cualquier avería mecánica del vehículo, cualquier accidente, puede serles fatal... ¿Dispuso usted ya la sustitución de esa gente?

—Sí. Mañana a primera hora sale otro grupo para continuar los trabajos. Se instalarán en el mismo punto. Van dos

C-47

con todo el material necesario, entre ellos dos tractores Weasel con oruga. El capitán Morris quiere intentar seguir a los fugitivos. Llevan varios días de ventaja, pero eso no significa nada. Estos

coches de ahora son mucho más rápidos y con un poco de suerte... Morris conoce muy bien la región.

—Perfectamente, coronel. Supongo que habrá un puesto para mí en esa expedición. Mi periódico tiene mucho interés en...

—¡Claro que sí,
O'Reilly!

—le interrumpió el militar golpeándole afectuosamente en el hombro—, pero procure abrigarse en forma. Ahora no está usted en California.

El agente del F. B. I, tuvo oportunidad de acordarse de las palabras del coronel. Unas horas después, cuando hubo descansado algo de su viaje sin acostumbrarse aún a la extraña sensación producida por el ininterrumpido día de seis meses sin que la luz desaparezca, se dirigía hacia uno de los voluminosos

C-47

de las Fuerzas Aéreas, alrededor del cual se movían afanosas varias figuras.

Un hombre moreno le tendió la mano cuando se acercó.

—¿El señor
O'Reilly?

Mucho gusto en conocerle. Me llamo Morris...

—Encantado. ¿Hace siempre por aquí este tiempo delicioso? —pregunto al tiempo que golpeaba sus pies contra el duro suelo.

—¡Ni mucho menos! —repuso el capitán sonriendo—. Ahora estamos disfrutando de un verano espléndido. Seguramente no tenemos más de 30 grados bajo cero.

Le acompañó hasta el interior del aparato y le indicó su lugar. No había casi espacio para revolverse. Todo el cuerpo del avión estaba ocupado por cajas, bidones, envases de gasolina y un gran tractor de aspecto semi-bélico, cuidadosamente sujeto con anchas correas.

Entraron varios individuos cuya categoría no era fácil distinguir con sus uniformes chaquetas, y poco después el avión se deslizaba por la pista y se elevaba suavemente.

Otro aparato gemelo seguía tras ellos. Morris llevaba los mandos del suyo y de vez en cuando se volvía para sonreír amistosamente al agente, que llevaba colgada del hombro una cámara fotográfica.

Pronto llegaron a su destino.

O'Reilly

no tenía ventanillas por donde contemplar el paisaje y cuando el avión se detuvo, después de dar unos cuantos botes violentos, se apresuró a saltar al exterior, mientras uno de los viajeros soltaba los resortes de la portezuela.

Cayó sobre una capa de nieve dura y recibió en el rostro el latigazo de una ráfaga helada que le hizo subirse inmediatamente el cuello de piel.

Morris se situó a su espalda y después de dar unas instrucciones a sus hombres, empezaron a descargar la mercancía y armar un barracón. Le acompañó mostrándole el sitio donde habían encontrado al profesor.

—Vea. Ya se lo decía al coronel. Aun se notan las huellas del tractor. No ha habido temporales y estos coches tan pesados dejan una marca muy profunda.

—Pero quizá esta corresponda a alguno de los recorridos que hicieron por aquí y no al de la huida final —comentó Patric—. ¿Cuál es su idea?

Morris le miró y contempló a la gente que trabajaba en el campamento antes de contestar. Lo hizo con rabia.

—Quizá sea una locura. Pero si he venido ha sido para seguir a esos canallas. Apreciaba mucho al profesor Wonder. Me llevan unos días de ventaja, pero confío alcanzarlos. Este «Weasel» es mucho más rápido. Necesitan casi un mes para llegar a la costa. No pueden marchar a más de diez millas por hora en este terreno...

—¿Cuándo sale? Iré con usted.

—Inmediatamente. Diré a la gente que se trata de una misión secreta. Ya estarán preparando el tractor con el suficiente combustible y víveres. Será muy duro.

O'Reilly.

Usted no está acostumbrado. Haremos noche en el coche, dentro de los sacos de dormir, y cualquier mañana no despertemos...

—Vamos. Morris. ¡Cuéntele eso a su abuelito! Un poco de frío no puede sentarme mal. ¿Qué rumbo seguiremos?

—Si no están locos, tratarán de llegar a la costa, más abajo del paralelo 70. Allí pueden encontrar gente civilizada —contestó Morris cuando se dirigían hacia el campamento en construcción.

Un par de horas después perdían de vista los aviones y el humo

de los fuegos, El tractor marchaba con potencia, pero demasiado lentamente para la impaciencia de sus ocupantes. Patric O'Reilly,

Arrebujado y cubierto por una piel de oso, tenía fija la mirada en la tenue marca del coche de los fugitivos, que desaparecería pronto.

Se relevaban en el volante y el hombre libre se ocupaba de preparar continuamente comida. Tenían que ingerir grandes cantidades para poder combatir la baja temperatura.

Lo peor eran los momentos de reposo. Mientras uno dormía el otro hacía guardia por temor a una nevada que pudiera enterrar el vehículo o algún otro posible peligro. Las horas pasaban lentamente y ningún signo de vida animaba la monótona superficie blanca que se abría ante ellos y los rodeaba.

Tuvieron la suerte de que el motor no fallara en ningún momento. Llevaba ya tres días de marcha, en la que según los cálculos de Morris habrían cubierto unas trescientas millas, cuando en un momento en que

O'Reilly

estaba vigilando el sueño de su compañero al tiempo que trataba de preparar un poco de café en el pequeño hornillo, vio algo que se movía en el horizonte. Unas manchas negras que se agrandaban. Después le pareció percibir gritos.

—¡Morris! ¡Morris! ¡Despierte, hombre! ¡Fíjese en aquello!

El capitán se incorporó asomando la cabeza fuera del grueso saco de piel, y hurgando en una de las bolsas del tractor tomó unos prismáticos. Luego de observar por ellos se los tendió al agente que miró a su vez.

—Esquimales —dijo Morris—. No sé qué hacen aquí. Nunca puede entenderse a esa extraña gente...

—Vienen hacia aquí —dijo

O'Reilly

—. No creí que se adentraran tanto. Aún estamos muy lejos de la costa.

Pusieron el motor en marcha y se adelantaron al encuentro de los aborígenes. Eran dos trineos tirados por una docena de perros, y cinco hombres pequeños y cubiertos de pieles profusamente. Cuando llegaron hasta ellos contemplaron un poco admirados el tractor, hablando entre sí con grandes gritos.

—¿Qué dicen? —preguntó

O'Reilly

—. ¿Entiende usted algo?

Morris sonrió.

—Sí. Hablan un dialecto común a toda la bahía de Baffin. Están preguntándose dónde se encuentran los perros que tiran de este trineo nuestro. Parece que ya conocen los tractores... —Después se apeó del coche y se acercó a ellos preguntándoles algo con dificultad. Siguiéron unas explicaciones minuciosas. El agente se impacientó. Pasaron varios minutos en cambios de frases. Las palabras eran semejantes a ladridos. Por fin Morris volvió al vehículo y tomando unas botellas de ron que llevaba como reserva se las entregó, ante los gestos de contento de los minúsculos hombrecillos.

Se colocaron detrás de sus trineos y azugaron los perros. Poco después desaparecían tras una pequeña loma.

—Bueno, Morris. No se de tanta importancia y dígame qué le ha dicho esa gente —dijo Patric

O'Reilly

impaciente.

—Algo de mucho interés —repuso el capitán acomodándose en su asiento—. Esos hombres van a la costa oriental. Están cruzando Groenlandia, sin tractores y sin nada. Lo importante es que han visto a los fugitivos. Se cruzaron con ellos hace tres o cuatro días. Por eso miraban tanto nuestro vehículo. Les preguntaron si venían de la isla de Disko y si habría por allí cazadores de focas. Después que se hubieron informado continuaron la marcha.

—¿Dónde está esa isla? —preguntó el agente.

—Frente a Godhavn. Es un sitio de reunión de pescadores y cazadores en esta época. Allí residen casi todos los esquimales de esta zona.

—Entonces hay duda que se dirigen allí. Tendrán la esperanza de ser recogidos por algún barco canadiense —comentó

O'Reilly

pensativo—. Creo, Morris, que esta persecución ya no tiene objeto. Quizá lográramos alcanzarles, pero tal vez no. Es mejor que regresemos al campamento y de allí a Thule. Deje este asunto en mis manos, capitán.

Morris hizo un gesto de asentimiento, dieron vuelta al vehículo y emprendieron el regreso, que ahora se hizo aún más interminable. El capitán trató de conseguir comunicación con el campamento del paralelo 80 utilizando el pequeño aparato de onda corta del tractor, y lo consiguió al fin. Así pudo ordenar que avisaran a Thule para que enviaran un

L-20

a recogerlos inmediatamente.

Cuando se reunieron con sus compañeros ya el De Havilland estaba esperándoles.

Días después

O'Reilly

volvía a sentarse en la cómoda butaca del despacho del coronel Mac Person y le contaba las novedades.

—Eso es todo, coronel. Hemos hecho un viaje de placer por este encantador país y al final entablamos conocimiento con unos cuantos de sus agradables pobladores.

—Por lo menos podrá usted contárselo el día de mañana a sus nietos —bromeó Mac Person—. Supongo que habrá tomado fotografías.

—¡Nada de eso! ¡Creerían que las había impresionado en la Feria Universal! Ahora quiero que me consiga comunicación con Quebec. ¿Será posible celebrar una conferencia con el Departamento de Pesca o la Compañía del Hudson?

—Creo que sí. Vaya a su alojamiento a descansar un poco. Le avisaré.

Patric

O'Reilly

aprovechó la oportunidad para tenderse en una cama de verdad, después de aquellos días de hacerlo entre las cajas y enseres del tractor. Estaba en el mejor de los sueños cuando fue despertado por el timbre del teléfono.

—

¡O'Reilly!

—llamó la voz ya familiar de Mac Person—. ¡Aquí tiene su comunicación!

La gerencia de la Compañía del Hudson estaba al habla y el coronel le advirtió que fuera breve, pues el servicio de radio tenía

un trabajo enorme.

Inmediatamente el agente del

«F. B. I.»

se identificó al desconocido con quien hablaba. Afortunadamente era un hombre eficiente que se dio cuenta de la importancia del caso y enseguida le facilitó los informes que deseaba.

—Sí, señor. Hay dos barcos en la zona que usted indica. El «Parry» debe estar al llegar a la isla Disko. Es un ballenero. El otro es el «Devon» que lo hará dentro de pocos días para comprar pieles. Los dos regresarán en la próxima semana y tocarán primeramente en Indian Harbour para recoger más pieles el último y refinar grasa el primero...

O'Reilly

dio las gracias al informante y cortó la comunicación. Después se arregló un poco y volvió a vestir la pesada chaqueta dejando el grato ambiente del barracón para salir a la calle, azotada por los fuertes vientos de Ellesmere.

Cruzó ante un gran pabellón, un cine en el que se anunciaba un estreno de última hora. Grupos de hombres con el emblema de su especialidad en el gorro, entraban a la sala con muchachas y niños. Un destello de vida normal en aquella ciudad extraña.

Penetró en la oficina del coronel Mac Person.

—Bueno, coronel. Siento mucho abandonarle. ¿Sería posible conseguir un vuelo hasta Labrador?

—¿A Labrador? Creo que sí. Dígame qué sucede.

—Necesito estar en Indian Harbour la próxima semana. Si no me equivoco, nuestros hombres llegarán allí a tordo de un navío canadiense. Les haré un buen recibimiento.

—¿Necesita usted que alguien le acompañe? Puede ir Morris...

—No hace falta, coronel. Creo que podré arreglarme solo.

Patric

O'Reilly

sonrió con su gesto habitual de hombre insignificante. Tenía 1,80 de estatura, pero su delgadez le hacía parecer aún más alto. La ropa colgaba floja de sus hombros y todo él daba una impresión de abandono y placidez. Sólo un observador agudo podía haber advertido el brillo acerado de sus ojos y el crispar nervioso de sus manos de largos dedos. El coronel lo era y por eso contempló con

admiración al agente del F. B. I, mientras éste limpiaba cuidadosamente sus gafas. Había tal vivacidad en sus ojos que comprendió repentinamente.

—¡Usted no necesita gafas,
O'Reilly!

¡Esos cristales deben ser de ventana! ¿Por qué las lleva?

—¡Oh! ¡Son muy útiles en mi profesión! Inspiran confianza. Es preferible no parecer demasiado lince, ¿no le parece? Limpiándolas me afluyen las ideas. ¿Ve?

CAPÍTULO IV

Indian Harbour es una pequeña población de pescadores y cazadores que se recuesta en un fiordo profundo de la península de Labrador. Patric

O'Reilly

tuvo que recorrer varias millas en un coche de las Fuerzas Aéreas Canadienses, desde el aeropuerto militar donde tomó tierra en su viaje de Thule hasta llegar al poblado.

Después que dejó su pequeña maleta en el único hotel de la población, una especie de casetón de madera y cine de una sola planta, se dirigió hasta la oficina del representante de la autoridad. Era una mezcla de alcaide, jefe de policía, consignatario de buques y banquero. Le atendió correctamente y enseguida le dio las facilidades pedidas.

—Venga conmigo. El radiotelegrafista de la Compañía del Hudson tiene su despacho aquí cerca. El podrá efectuar esas llamadas. En esta época del año tiene trabajo. Hay varios barcos desde aquí hasta Baffin en plena actividad.

Efectivamente, era cierto. Tuvo que esperar cerca de una hora hasta que hubo manera de establecer comunicación con el «Devon».

El diálogo a través del espacio fue infructuoso. No tocaba en Disko. Había cambiado la ruta a consecuencia de unos informes recibidos acerca de su comercio peletero.

Hubo de empezar de nuevo y después de muchas llamadas el operador logró el éxito.

—¡El «Parry» al habla! ¿Eres tú, Jony? ¡Contesta!

El radiotelegrafista cedió el micrófono a O'Reilly, que habló imperiosamente.

—¡Escuche! ¡Le hablo desde Indian! ¡Llame al capitán enseguida y reservadamente! ¡Se trata de algo de importancia! ¿Me oye? ¡Le habla la Policía Federal de los Estados Unidos! ¡Cambio!

—¡Está bien, señor! ¡Ya viene el capitán!

Hubo unos segundos en que la voz se alejó y mientras O'Reilly

se impacientaba, el operador consiguió mejorar el tono y la modulación. Ya estaba el capitán del «Parry» al habla.

—¡Capitán del «Parry» llamando a Indian! ¿Me oyen? ¡Llamando a Indian!

—¡Le escucho, capitán! Ha habido una interferencia. ¡Necesito saber si ha recogido usted a dos hombres en la isla de Disko! ¡Dos hombres blancos! ¡Norteamericanos!

—¿Dos hombres? ¡No! ¡Tengo aquí sólo uno! ¡Sólo había un yanqui en Disko! ¡Uno solo! —repitió.

El agente se quedó sorprendido y mientras hacía trabajar su cerebro aceleradamente, continuó dando instrucciones:

—¡Bien, capitán! ¡Deténgale inmediatamente y póngale guardia! ¡Es un asesino y un desertor de las Fuerzas Aéreas! ¿Me oye?

—Sí. Lo pondré a buen recaudo. ¿Dónde lo recogerán?

—Espero aquí, en Indian. Es un hombre peligroso. ¡Cambio para cerrar!

—¡Perfectamente! ¡He recogido todo el mensaje! ¡Cierro!

Se oyó un chasquido y se hizo el silencio. El operador recogió su micrófono y siguió manipulando para continuar su tarea. Patric O'Reilly

abandonó el despacho acompañado del policía.

—¡Caramba, señor! Por aquí hay mucha gente indeseable, pero no comprendo qué hacía ese tipo en Disko. ¿No hablaba usted de dos?

—Sí. Pero ya sabes que los lobos se devoran entre sí. Eran dos los fugitivos, pero uno ha debido quedar en el camino. Lo siento. Hubiera preferido tenerlos juntos, pero me figuro que el desaparecido ya está fuera del alcance de la justicia humana.

—El «Perry» llegará dentro de dos o tres días. ¿Puedo hacer algo por usted entretanto?

—Creo que no. Avíseme si adelanta su llegada. Voy a estar este tiempo sin separarme de la estufa. En Nueva York hace mucho frío

en invierno, pero... ¡al lado de esto...!

Dejó al amable acompañante y regresó al hotel. Fueron unos días tremendos, pues la inactividad no era el fuerte de O'Reilly.

Como buen irlandés era supersticioso y creía que era buen síntoma para el triunfo el haber tenido tanta suerte en la búsqueda del fugitivo.

Había algo que le desconcertaba. No saber detrás de quién andaba. Eran tres los hombres de la desgraciada expedición del grupo Castor que habían desaparecido, Elmer, Peary y Bruce. ¿Cuál de ellos era el que quedaba con vida y venía hacia Indian en el «Perry»? Aquellos diamantes que descubrió el profesor Wander debían tener mucho valor, pero parecía que estaban bajo el influjo de alguna maldición. Ya habían costado varias vidas...

Aunque le suponía un esfuerzo salir a la calle y exponerse al frío intenso, hizo muchas escapadas al puerto para enterarse si había noticias del barco que esperaba. También pasó buenos ratos en el bar del Hotel, frecuentado por hombres rudos, capaces de resistir aquella vida sin atractivo. Cazadores barbudos y fuertes tripulantes de balleneros de todo el mundo.

Por fin, desde los cristales del despacho del naviero pudo ver la panzuda silueta del «Perry» enfilando la boca del fiordo en demanda de los muelles de madera de Indian Harbour.

Se abotonó fuertemente la chaqueta forrada de piel y salió al exterior. El naviero-policía le acompañaba, acariciando de un modo ostensible la pistola de su bolsillo. Bajaron una rampa y saltaron a una pequeña motora, que un hombre había tenido con el motor en marcha hacía rato. Enseguida sortearon varios pequeños barcos de pesca y rodeando un gran ballenero portugués enfilaron en dirección a la desembocadura, donde el «Perry» se hallaba detenido.

—¿Por qué no avanza hasta los muelles? —preguntó O'Reilly.

—No lo sé. Aquí no tenemos práctico. Cualquier piloto puede maniobrar. No hay bancos ni arenales. Algo debe pasar...

Patric se sobresaltó y ordenó al mecánico que acelerara.

—¡Ojalá no sea lo que me temo! ¡Sería demasiada fatalidad!

Se arrimaron al navío y el acompañante del agente gritó llamando la atención. Enseguida les arrojaron una escala. Mientras

ascendían trabajosamente,

O'Reilly

observó que el barco había anclado a muy pocos metros de la orilla.

En cuanto saltaron la borda se dieron cuenta de que la mayor agitación reinaba en el «Perry».

El agente del F. B. I. corrió hacia un hombre alto y grueso, con una sucia gorra galoneada, que gesticulaba y lanzaba insultos a un grupo de marineros. Cuando vio a

O'Reilly

se acercó a él empujando a los que le rodeaban.

—¿Es usted el capitán? —preguntó Patric antes de que el otro hablara. Le mostró su emblema y dijo—: Soy el agente

O'Reilly

del

F. B. I.

¿Dónde está mi prisionero?

—¿Dónde está? —preguntó a su vez el capitán, moviendo con grandes gestos su rostro sin afeitar—. ¡Eso quisiera saber yo! ¡Esta tropa de idiotas le ha dejado escapar! ¡Hace media hora escasamente!

El agente palideció de rabia. Cogió al hombre por las solapas y le agitó, gritándole a la cara:

—¿Qué dice usted? ¿Que se ha escapado?

—¡Suélteme! —masculló el otro retrocediendo—. Yo soy el primero en lamentarlo. No me gusta que esta gentuza ande suelta por la zona. Bastantes peligros tenemos ya... Hace tres cuartos de hora estaba en su camarote, bien vigilado. Lo vi yo mismo. Pero es un hombre hábil. No sé de dónde demonios sacaría el cuchillo. Apuñaló al vigilante y saltó por la borda. Estos imbéciles le vieron correr y no pudieron impedirlo. No sé cómo no quedó aterido al caer al agua, pero lo cierto es que ha desaparecido y me ha robado además unos cientos de dólares de mi camarote. ¡Maldito individuo...!

O'Reilly

le escuchaba silencioso y haciendo esfuerzos por contener su indignación. Como era inútil hacer reproches, dejó al capitán que continuara vociferando y volviéndose a su acompañante le dijo:

—Vámonos. No tenemos ya nada que hacer aquí. En media hora

ese hombre ha podido llegar muy lejos. ¿Hay casas por esta parte de la costa? —preguntó indicando la cercana orilla.

—Pocas y muy distanciadas. ¿Quiere qué...?

—Sí. Por intentarlo no se pierde nada.

Se despidieron de la gente del «Perry» y descendieron por la escala de cuerda llegando a su gasolinera. El amigo de Patric tomó el volante y condujo la embarcación rápidamente hacia una playita de negra arena. Estaba rodeada de esquivas rocas y en la parte más allá la nieve hacía más difícil la ascensión. El agente del F. B. I, ordenó a sus acompañantes:

—Quédense aquí. Será mejor regresar por el mar. Haré una inspección. Son pocas las esperanzas que tenemos, pero debemos intentar...

—Déjeme ir con usted —interrumpió el policía—. Quizá surja un encuentro desagradable.

—Prefiero tener la seguridad de que puedo retirarme tranquilo.

Saltó ágilmente entre los riscos y enseguida llegó a lo alto. Una extensión blanca se abría ante él y a poca distancia un camino en el que el barro removido señalaba el paso de vehículos. Junto a él se alzaba una casa solitaria. En toda la extensión no se veía ninguna otra vivienda hasta el grupo de Indian Harbour que se vislumbraba lejano.

Miró hacia abajo, donde sus compañeros aguardaban, y decidió acercarse a la tasa. Era un edificio de una sola planta, de madera, con cubierta de chapa acanalada. Tenía algunos pequeños accesorios, bastante destartalados. Una fina columna de humo se elevaba de la chimenea.

Se aproximó con precauciones. Había sacado su pistola de la funda axilar y colocó una bala en la recámara, después la guardó en el bolsillo de su chaqueta. Rodeó la casa hasta una ventana a través de la cual se oía algún sonido. Tenía los cristales empañados y cubiertos por una espesa capa de hielo en el exterior. No podía verse nada.

Volvió a la entrada y después de dudar un instante aporreó con tuerza la puerta. Pasaron unos segundos hasta que se oyó acercarse unos pasos lentos. Se abrió la ancha hoja de madera y un individuo corpulento y de rostro brutal apareció ante él.

—¿Qué pasa? ¿Qué se le ha perdido por aquí? —preguntó con

acritud.

—¿Puedo entrar un momento? —preguntó a su vez Patric amablemente.

—¡Cierra esa puerta de una vez, John! ¿Quieres que se nos marche todo el calor? —gritó una voz desde el interior, no más educada que la del hombre que abriera.

Refunfuñó una blasfemia y le dijo al agente:

—¡Pase de una vez! —Luego miró hacia el exterior inquisitivamente—. ¿Viene solo?

O'Reilly

no se hizo repetir la invitación y sin responder entró. Estaba en una habitación cuadrada, con toscos muebles y llena de suciedad por todos sitios. Frente a una mesa aparecía sentado el otro ocupante de la casa, de facha parecida a la de John. Tenía ante él un vaso y una botella de licor mediada. Sobre la tabla reposaban unos naipes grasientos.

—¿Qué ocurre? —preguntó el hombre que estaba sentado— tiene usted aspecto de ser un buitre del gobierno. Hemos pagado todos los impuestos. ¡Puede largarse!

O'Reilly

no se inmutó. Se había sacado los gruesos guantes y los guardó en su bolsillo. Luego suavemente dijo:

—No quiero entretenerlos. Ya veo que están muy ocupados. Deseo preguntarles sólo si han visto hace un rato a un amigo mío. Estaba citado con él y no se ha presentado. Es un americano...

Los dos hombres que escuchaban se miraron entre sí. Por fin John dijo sin levantar los ojos de sus botas:

—No sabemos nada. ¡Largo de aquí! —Abrió la puerta de la calle y le hizo un gesto conminatorio.

Pero

O'Reilly

no le miraba. Estaba contemplando una camisa parda que colgaba de una cuerda junto al fuego del hogar. Era de las Fuerzas Aéreas Norteamericanas. Se acercó a ella tocándola suavemente.

—¡Bonita camisa! ¡Mi amigo tiene una parecida! ¡Es curioso!

Antes de que los hombres pudieran evitarlo dio un salto hacia una puerta cerrada que debía dar paso al resto de la vivienda. Su oído finísimo había percibido un tenue crujir de madera al otro lado

del tabique. Asió el tirador y la abrió rápidamente.

Mientras que los dos hombres se lanzaron contra él rugiendo amenazas, tuvo tiempo de ver cómo se agitaba una cortinilla de la ventana del dormitorio. Gritó con todas sus fuerzas.

—¡Deténgase! ¡Alto!

Pero inmediatamente, cuatro brazos poderosos cayeron sobre él y le arrastraron hasta el centro de la gala.

—¡Maldito curioso! —le gritó en la cara John—. ¡Yo te daré tu merecido!

O'Reilly

se desasíó bruscamente de sus opresores. Se quedó apoyado en la mesa al tiempo que los hombres, indecisos, dudaban. Enseguida el bebedor dijo al otro:

—Trae una cuerda, John. ¡Lo mejor será aseguramos!

—¡Bah! —dijo despreciativo el aludido—. ¡Este tipo sólo tiene huesos! ¡No te preocupes por él!

El agente sonrió beatíficamente. Estaba hirviendo de impaciencia pensando si sería electivamente «su hombre» el que había huido hacía unos segundos. Se quitó las gafas con calma en tanto John le miraba fanfarrón. Sacó su albo pañuelo y las limpio cuidadosamente al tiempo que decía:

—Creo que hay un mal entendido, caballeros. Yo no soy hombre amigo de violencias —miró al trasluz los cristales, levantando sus gafas con la mano izquierda. John siguió con la vista el movimiento y en aquel momento, el puño derecho de Patric salió disparado como una exhalación estrellándose contra el propio mentón del hombre.

Sonó un golpe seco.

O'Reilly

lanzó sus gafas lejos y asió al individuo con ambas manos, empujándole contra el otro sujeto que había proferido una maldición y trataba de esgrimir su pistola. Cayó su compañero sobre él y el arma rodo por el suelo.

En una fracción de segundo el agente había empuñado su «Luger» y encañonaba al sorprendido individuo. Sin dejar de hacerlo se inclinó para recoger sus gafas. Tenían el cristal roto, pero debía estar acostumbrado al percance, pues las guardó en el bolsillo sin lamentarse, después habló:

—Tengo muy pocos minutos, amigo. Y abajo me espera el jefe de la policía de Indian. Está claro que he sido atacado por ustedes. Si le alojo una bala en el cerebro a nadie le parecerá extraño. Éste es un asunto serio. ¿Conocía usted al hombre que estaba ahí dentro? ¡Vamos, responda! ¿Le conocía usted anteriormente?

—Yo no sé nada... —dijo el otro mirándole con odio—. ¡Y no quiero líos con la policía! Ese tipo me pagó bien por un poco de ropa vieja y mi silencio. ¡No sé nada más...! ¡Le aseguro que no...!

—Puede ser. Ahora sea buen chico, póngase de cara a la pared. ¡Rápido!

El hombre obedeció ajustado.

—¡Oiga! ¡No irá usted a...! ¡Yo no sabía...!

O'Reilly

no le dejó concluir. Golpeó duramente con la culata de su pistola una sola vez y el hombre cayó al suelo como un fardo.

—¡Bien! —se dijo echando una última ojeada a la casa—. Trabajo para esos de abajo.

Salió al exterior y corrió al borde del acantilado. Gritó a los que esperaban para que subieran a buscar a los dos hombres, y después emprendió la marcha por la carretera, con toda la rapidez de que era capaz.

Pero fue inútil. Nadie apareció ante su vista. Toda la región estaba desierta. No había casas en los alrededores que hubiera podido alcanzar el fugitivo. Por otra parte, era imposible que éste se alejara tanto en tan poco rato como para perderse de vista.

Patric

O'Reilly

tuvo que reconocerlo desesperado. El misterioso asesino de Tírale había desaparecido como si se hubiera fundido en la nieve.

CAPÍTULO V

El caso de los diamantes bajo el hielo, como mentalmente designaba el agente del F. B. I, al que le ocupaba, que tuvo un principio bastante favorable para él, había entrado ahora en un punto muerto que desesperaba al nervioso irlandés, Cuando regresó a Indian Harbour con sus prisioneros, continuó la búsqueda de su presa ayudado por la policía y sus auxiliares. Registraron casa por casa, pero todo fue inútil. Nadie había visto al hombre.

—Es para volverse loco —decía el animoso funcionario—. ¿Está usted seguro que el tipo se encontraba en aquella habitación?

—¡Claro que sí! Además. John, lo ha confirmado. Hacía escasamente media hora que había llegado a la casa, iba medio muerto de frío y esos sujetos le proporcionaron ropas secas que al mismo tiempo no fueran del Tío Sam. Era lo que necesitaba. Pagó bien con el dinero del capitán del «Perry». ¿Es posible que haya encontrado algún medio de seguir hacia el Sur?

—Quizá. Ha podido reembarcar en otro navío o seguir a pie hasta Chateau Bay. Ahora el tiempo es demasiado duro... De todos modos es extraño.

Pero extraño y todo, lo cierto era que el hombre había desaparecido.

O'Reilly

lamentaba haberlo tenido tan cerca y no haber podido siquiera ver sus facciones.

Y después de agotar todos los recursos de investigación en la comarca, decidió regresar a Thule para reemprender las pesquisas.

—El coronel Mac Person, avisado de su vuelta, le esperaba en el aeródromo impaciente y curioso. En cuanto tuvo al agente ante él lo asó a preguntas.

—¿Qué hay,
O'Reilly?

¿Qué tal le fue por Labrador? ¿Dónde está nuestro hombre? El general Old ya ha preguntado varias veces por usted...

Tuvo que darle toda clase de detalles. Cuando terminó por convencerse del fracaso, pareció desolado.

—Esto no puede quedar así,
O'Reilly.

Está en juego el honor de todo el Comando Aéreo. Tenemos que hacer lo imposible; hay que captar a ese sujeto...

—La cosa parece difícil, coronel —dijo el agente con seriedad—. Pero puede estar seguro que por muy hábil que sea no escapará a las garras del

«F. B. I.».

Si yo no fuera capaz de conseguirlo otro más hábil rae substituirá, pero jamás nuestro Departamento ha fracasado...

Mac Person estrechó su mano con fuerza y le invitó a comer con él. Durante la corta sobremesa estuvieron discutiendo el asunto. De aquello salió una nueva preocupación para el agente.

A media tarde había recobrado su personalidad de reporter sensacionalista. Empezó por hacer una visita al Club de Oficiales del Arma Aérea. El local era tan sencillo como todos los de Thule. Una gran sala pintada de blanco con profusión de luces fluorescentes. Como eran pocos los servicios aquel día estaba muy concurrido.



El coronel le presentó a unos cuantos oficiales y entabló conversación con ellos.

Nuestros lectores —decía O'Reilly

enfáticamente a un grupo de jóvenes—, quieren conocer los peligros y la dureza de la vida en esta avanzadilla. El coronel Mac Person me ha contado detalles muy interesantes. Por ejemplo, la desgracia de esa expedición del grupo Castor...

Los rostros de sus oyentes se ensombrecieron. El agente continuó hablando:

—¡Una pena! ¡Ese profesor Wander era una notabilidad! Parece que les faltó combustible y perecieron de frío —ésa era la versión dada por el Mando—. ¿Conocían ustedes a esos hombres?

—Claro que sí. ¡Buenos chicos! —repuso un capitán más locuaz.

—Tengo información suficiente del profesor y del piloto. En cambio de los otros tres —consultó con su bloc—. Elmer, Peary y Bruce... ¿Pueden decirme algo de ellos?

—Elmer no era oficial —declaró el capitán—, por eso le conocemos menos, pero he trabajado con él. Un hombre eficiente, sencillo, poco brillante, pero muy capacitado. Sin familia...

—¿Y Peary? Tenía el grado de teniente, según me han informado... —inquirió

O'Reilly

borrando mentalmente a Elmer de su lista. Siempre había supuesto que era más fácil que los dos tenientes se hubieran puesto de acuerdo entre sí—. Sin duda sería muy amigo de Bruce...

—Inseparables. Vinieron juntos a Thule y siempre procuraban que les destacasen al mismo sitio...

Aquello cuadraba con las sospechas de Patric. Así era posible que el más perverso hubiera convencido a su amigo íntimo.

—Cuénteme algo de ellos. De tus costumbres. Necesito dar color a mi relato.

—Peary era un hombre extraño y no se comprende bien cómo tenía tanta amistad con Bruce. Completamente distintos. El primero gozaba de pocas simpatías... Le digo esto reservadamente... —El capitán parecía propicio a las confidencias. Se había apartado del grupo y sentado en un velador—. Aquí no solemos dar demasiada importancia al dinero y Peary... bueno, quizá fuese un poco interesado. Además padecía con frecuencia accesos de violencia. Pero yo creo que todo era porque había tenido disgustos con su mujer. Estaban separados. Bruce me lo dijo. Ella es una chica de buena sociedad y parece que él no podía costear sus caprichos. En fin, de todos modos siempre cumplió bien. Todos estos detalles no figurarán en su artículo, supongo.

—¡Claro que no! Su muerte ha sido heroica, en acto de servicio. Cada cual tiene su carácter. ¿Qué me dice de Bruce?

El rostro del capitán se animó para continuar con otro tono de voz.

—¡Oh! Bruce era un chico muy simpático. Algo más joven que su amigo. Tenía que aguantarle mucho y yo creo que se sentía dominado. Un chico desprendido, buen camarada... El reverso del otro, y *como* pasa muchas veces, unidos por una amistad a prueba de diferencias. Quizá porque eran de la misma ciudad...

O'Reilly

dejó aquella mina de información y volvió a la oficina de Mac

Person. Tenía ya un criterio formado y quería una autorización para examinar las cosas particulares de Peary. Lo consiguió con facilidad. Continuaban aún en su departamento que no había desalojado, esperando el momento de enviarlas a su familia.

Abrió la puerta del barracón y encendió la luz. Ya conocía la distribución, semejante al que él mismo ocupaba. Era un *living* pequeño, estudiada su utilización al centímetro. Constaba de dos cuartitos accesorios. El dormitorio, con una cama de litera, y el baño tan reducido como todo lo demás.

Las cosas de Peary habían sido ya ordenadas. Estaba sobre la cama la maleta llena de ropa y unos paquetes de libros y utensilios sobre la silla, coronados con una bandera enrollada de Harward.

Lo examinó todo rápidamente. Dentro de una cartera de documentos encontró un fajo de cartas. Algunas eran de compañeros de profesión, pero había tres separadas escritas con letra de mujer.

Eran de su esposa. Estaban fechadas en Portland y la última hacía un mes escaso. De ellas se deducía que Elen Peary continuaba enamorada de su marido pese a que éste la había abandonado. Se leía entre líneas que el orgullo de él no toleraba la situación de desigualdad en que se encontraba.

Cada vez más convencido de que estaba tras la buena pista continuó su minucioso registro. Al fin encontró algo de interés. Arrugado tras la balda del pequeño escritorio halló un papel, un borrador da una carta. Decía:

«Querida Elen. Siento mucho que insistas en escribirme. No debí decirte a dónde me dirigía. Lo nuestro ha terminado. Tengo demasiada dignidad para consentir que tú sufragues los gastos que son excesivos para mis ingresos. Si algún día pudiera encontrar una fortuna... Bien sabe Dios qué haría cualquier cosa por volver junto a ti...».

El agente del F. B. I, lanzó una exclamación de triunfo. Aquello podía ser la explicación moral del extraño suceso de la expedición del profesor Wander.

Como no había nada más de interés volvió a visitar al coronel al que expuso sus ideas. Después consiguió una fotografía de Peary y otra de Bruce en la oficina de filiaciones. El primero era un hombre de facciones blandas y ojos pequeños, con pelo rubio obscuro. Bruce sonreía en la cartulina mostrando unos dientes perfectos. También solicitó otra de Elmer, pues aunque sus sospechas recaían casi con seguridad sobre Peary, no tenía en realidad una completa certeza de sus ideas. Guardó las copias en su cartera y por fin, después de laboriosas gestiones y de esperar impacientemente varias horas, pudo conseguir una plaza en un

B-29

que regresaba a Nueva York.

—No me tenga sin noticias,

O'Reilly

—le dijo el coronel al despedirle.

—Voy a ver a mis jefes. Necesito informarles del resultado de las gestiones. Me temo que el viejo Hoover se impacienta un poco. Después pienso pagar una temporada en Portland. No sé por qué me figuro que nuestro hombre aparecerá por allí dentro de poco. Es un necio orgulloso, además de un asesino sin escrúpulos. Ha sido capaz de esta salvajada nada más que por poder ofrecer a su esposa una fortuna que deje a salvo su dignidad. En cuanto pueda convertir en dinero las piedras volverá a ella. No lo dude.

—Eso espero. Y que esté usted por allí en ese momento. No se entretenga demasiado. Ya sabe que nos pertenece a nosotros...

CAPÍTULO VI

La estancia de Patric

O'Reilly

en Washington fue corta, Hoover escuchó la historia del caso con bastante paciencia y comprensión. El irlandés pudo darse por contento.

—Es uno de los asuntos más repulsivos con que nos hemos enfrentado,

O'Reilly.

No necesito decirle que agudice sus sentidos. ¿Quiere que le acompañe alguien a Portland? Ese individuo parece de cuidado.

—No es necesario. Si todo sale como espero podré regresar a casa.

En eso mismo pensaba el agente cuando descendía en el aeropuerto de Portland de un avión de la «Northeast Airlines», pero si hubiese podido prever los próximos acontecimientos hubiera reprimido su optimismo.

Acudió en primer lugar a la oficina del
«F. B. I.»

local. No conocía al colega que estaba a su frente, pero resultó simpático y bien informado, como era su obligación.

—Conozco a Elen Peary. Buena chica. Quizá un poquito orgullosa... Procede de los Auburn, una de las familias más antiguas de Maine...

—¿Sabe usted algo de su esposo, el teniente Peary?

—No. Me enteré del escándalo cuando se largó, pero nada más. Lo que sucede es que ella aparecía mucho en las crónicas de sociedad. Ahora debe hacer una vida retraída. Por cierto que es una mujer muy atractiva. ¡Tenga cuidado con ella!

O'Reilly

sonrió. Había vuelto a colocarse sus gafas ya reparadas de los destrozos, y vestido como las personas civilizadas parecía aún más inofensivo.

Dejó a su compañero y tomó un taxi para hacer su primera visita a la joven.

Vivía en una calle tranquila, cercana al puerto en la que aún se alzaban antiguas mansiones de los primeros tiempos de Maine. La casa de los Peary era pequeña, pero parecía confortable. Y en efecto lo era.

Cuando le franquearon la entrada después de oprimir largamente el pulsador, pasó a un pequeño vestíbulo bien amueblado. Una mujer madura había acudido a su llamada y le preguntaba impaciente:

—¿Qué desea señor? ¿Por quién pregunta?

—¿Está en casa la señora Peary? Vengo de Thule y quería darle noticias de su marido...

Al oír estas palabras la mujer se sobresaltó y sin decir nada desapareció rápidamente tras una cortina del fondo.

Enseguida se oyeron unos pasos acelerados y surgió ante el impaciente agente la propia Elen Peary.

No había exagerado el jefe local de

F. B. I.

La mujer que

O'Reilly

tenía ante él poseía indudablemente Un gran atractivo. Era aún muy joven, morena, de figura proporcionada y en el rostro unos ojos grandes, húmedos, que turbaron un tanto al escéptico agente.

—Me dicen que tiene usted noticias de mi marido —dijo mirando al hambre, nerviosa—. Supongo que no será una broma de mal gusto.

—Nada de eso. Realmente he estado en Thule hace sólo unos días.

—¿Le dijo algo sobre mí? ¿Viene usted de su parte o es solamente una oficiosidad? Ya sabrá usted que estamos separados hace algún tiempo. Para ser más concreta, no debo llamarle mi marido. He solicitado el divorcio porque su conducta ha sido imperdonable para conmigo.

O'Reilly

se extrañó. No era eso lo que él esperaba. Creyó encontrar a una mujer anhelante de noticias.

—Pues no sé si felicitarla —dijo pensativo—. Pensé que aún estaba enamorada de su marido...

—Lo estuve —respondió la muchacha sentándose en una butaca y retorciendo un pañuelo entre sus manos con nerviosismo—. Ahora comprendo que no lo merecía. William es un maniático, está lleno de prejuicios, no podía tolerar ni que le hablara de ofrecerle dinero... ¡Sólo se quiere a sí mismo! ¡No admite que nadie pueda serle acreedor de algo!

Se levantó de su asiento y con aire de querer terminar cuanto antes la conversación dio unos pasos hacia la puerta.

O'Reilly

no se movió de su sitio. Habló lentamente:

—Ya veo que entonces no la interesa lo que pueda decirle de William. Si he de ser sincero, no le he visto en mi vida.

La joven le miró indignada. Balbuceó:

—No lo entiendo... ¿Qué pretende...?

—No he tratado de engañarla. Quería primero conocer sus sentimientos. Ahora que veo que él no significa mucho en su vida, puedo decirle confidencialmente que William Peary, según las apariencias indican, ha desertado de su puesto y abandonado Groenlandia...

Elen Auburn te quedó unos instantes inmóvil.

Sus hermosos ojos brillaban excitados y el agente se olvidó de su misión y de su trabajo. Enseguida reaccionó para contestar a la joven que preguntaba:

—¿Dónde está? ¿Por qué ha venido usted a mí?

—Quiero que nos ayude, señora. Su esposo caerá en nuestras manos tarde o temprano. Y no me gustaría que la complicara a usted en esto...

—¡El no vendrá aquí! ¡Mucho menos como fugitivo! ¡William no es malo... sólo esa manía, ese orgullo necio...! Por eso marchó a Thule. Teníamos continuas disputas. ¡Es terrible! ¡Pobre William...!

Se dejó caer en la butaca sollozando. Patric estuvo tentado de acercarse para tratar de consolarla, pero prefirió respetar su dolor. La joven se repuso enseguida y le preguntó:

—¿Y su amigo Joseph Bruce? Creo que estaban juntos. El fue quien le animó a ir.

—También ha desaparecido. No se preocupe, que seguramente todo se solucionará. Pero no se aflija. Usted es va casi virtualmente libre. Si ese divorcio...

—No quiero a William, es cierto —le interrumpió ella—, pero significó mucho para mí en otro tiempo... ¡Nunca creí que fuera capaz de una cosa así...!

Al abandonar la casa, después de recomendar a la muchacha que le avisara a la oficina del F. B. I, si su esposo se presentaba, tenía una nueva preocupación. Algo que jamás había pensado le ocurriera. Estaba tratando de olvidar a Elen Auburn y no podía conseguirlo. Parecía que su imagen se había interpuesto sobre los demás recuerdos.

Estuvo toda la tarde planeando con Michel Heber, su compañero en Portland, la mejor manera de establecer una vigilancia sobre la casa de Peary. Como la zona era muy tranquila la cosa se complicaba. Por fin montaron una guardia con tres hombres discretamente emplazados, que dominaban todo el edificio.

—No confío mucho en esa mujer —le dijo a Michel—. Parece que está aburrida de su marido y de sus desprecios, pero le compadece y ya sabes qué dosis de abnegación puede despertarse en una esposa si el marido está en apuros.

—¿Sí? —comentó Heber burlón—. Entonces deberías casarte. No cabe duda que tú te encuentras en dificultades con mucha frecuencia.

—¡No digas tonterías! A propósito del caso que nos ocupa: ¿Son de confianza esos muchachos? Te advierto que el hombre que busco no tiene escrúpulos y es muy duro.

—Descuida. Si se presenta lo cogerán. Tienen un coche con radio para avisar aquí. Puedes quedarte o ir a tu hotel.

—Nos turnaremos. No estoy seguro con ese tipo. ¡Además, es capaz de cualquier salvajada! Ahora que se ha lanzado temo mucho por Elen. Si él vuelve después de tantas peripecias como ha pasado para traerle a ella esa fortuna y se entera que está poco menos que divorciado, puede reaccionar violentamente...

No volvió a ver a la joven en los dos días que siguieron, en los cuales la vigilancia a que estaba sometida no dio resultado. Estuvo

tentado de visitarla nuevamente, pero comprendió que no tenía motivo alguno para hacerlo y que, además, podía alarmar a Peary si se presentaba de improviso.

Para calmar sus nervios estuvo realizando diversas gestiones ayudado por Michel Heber. Primeramente pusieron también bajo control el teléfono de la casa. Después cursó a Washington instrucciones para que se enviaran circulares a todo el país buscando a Peary, del cual tenían una buena fotografía. Oficialmente el caso era solamente desertión, no se había dado ninguna publicidad al asesinato de Wander y el probable de Joseph Bruce.

También se advirtió a todos los tallistas de piedras preciosas del país para que avisaran si alguien, que no fueran los negociantes conocidos, trataba de labrar diamantes en bruto. Una labor metódica y rutinaria que

O'Reilly

sabía bien, muchas veces daba buenos frutos.

Ya no tenía nada que hacer cuando una tarde que descansaba en su hotel recibió un recado de Michel. Partió inmediatamente para la oficina del F. B. I, y su compañero le tendió un papel.

—Toma. Nuestro escucha ha registrado esta llamada un poco extraña. Hasta ahora sólo habían telefonado a Elen sus amigas y proveedores. Esto es significativo.

Patric leyó rápidamente la nota.

*«—¿Casa de la señora Peary? ¿Está la señora en casa?
—. Debajo había escrito el observador. —“Voz de hombre
un poco excitada que continuó”—: “¿Usted...? No.
Nada...”».*

*—Y la nota proseguía: —«¡Este hombre cortó y no hizo
caso de las palabras de la señora que había acudido a la
llamada!».*

—¡Aquí tenemos a nuestro hombre! —exclamó excitado
O'Reilly

—. Será mejor retirar la vigilancia. Seguro que en cuanto anochezca más se presentará en la casa. Déjame tu coche, Michel.

No hizo caso de las apremiantes llamadas del compañero que pretendía ir con él. Llegó hasta la calle Gavelston donde residía Elen. Se acercó al coche de los agentes y les rogó que se retiraran.

—Avisé a sus compañeros. Márchense todos. Este pájaro es muy listo y pudiera alarmarse. Me quedará yo solo. No podemos perder esta oportunidad.

Sí acaso, que se quede uno vigilando la parte trasera de la casa.

Poco después,

O'Reilly

estaba incrustado en el vano de una puerta, completamente invisible desde la calle. Tuvo que mantenerse sin fumar esperando la aparición de Peary por la acera solitaria.

—¡Qué oscura está la calle! —se lamentó—. Apenas se distingue nada.

Se entretuvo examinando su pistola. Todo estaba en orden. Repentinamente unos pasos enérgicos se acercaron. No se podía vislumbrar al que los producía, pero un sexto sentido le avisó que aquél era el hombre que esperaba. Enseguida pudo distinguir una silueta fornida que se fue acercando lentamente. Vio como dudaba un poco frente a la casa de la joven y después, rápidamente, saltaba de dos en dos las escaleras llegando hasta la puerta.

O'Reilly

salió de su escondite y se acercó sigilosamente. Quería llegar antes de que el hombre penetrara en la casa para no complicar a Elen en el desagradable momento. Sólo podía percibir imprecisamente la espalda de Peary. Aceleró un poco el paso y algo crujió bajo su zapato estrepitosamente.

El hombre que aguardaba se volvió y sin duda la actitud cautelosa de

O'Reilly

le avisó el peligro. Saltó por encima de los escalones, en el momento en que la puerta se abría y corrió velozmente sobre el césped.

El agente lanzó una maldición. Cuando se disponía a seguirle, Elen descendió alarmada y se cruzó ante él.

—¿Qué ocurre? ¿Quién ha llamado? ¿Qué significa esa carrera?

—¡Perdone! —gritó Patric tratando de apartarla—. ¡No puedo darle explicaciones ahora!

Peary había ganado ya unos metros, pero indudablemente el agente del F. B. I, era más veloz y más ágil y había sido adiestrado exprofeso. Se inclinó un poco hacia adelante y corrió a pasos cortos. Llevaba en su mano la pistola, dispuesto a disparar si no podía alcanzar al fugitivo.

La distancia entre ambos hombres había disminuido mucho. El perseguido dudó unos instantes y después se metió por un callejón en dirección a los muelles.

Patric decidió terminar. Por aquella zona la persecución era más arriesgada. Gritó:

—¡Deténgase! ¡Deténgase o disparo!

No fue obedecido. Sin dejar de correr disparó una vez y la bala debió silbar muy cerca del fugitivo, pues éste se detuvo tirándose rápidamente al suelo tras unas cajas.

O'Reilly

adivino su acción y saltó de costado hacia el resguardo de unos bidones al ver una llamarada que procedía del parapeto de su enemigo.

El proyectil crepitó en el asfalto. Se hizo un silencio expectante. Nadie debía ocupar aquella parte de los tinglados del puerto, o al menos los disparos no habían sido oídos.

—¡Salga de ahí! —gritó nuevamente—. ¡No puede huir! ¡Le tenemos rodeado! —mintió para intimidarle.

Como no recibiera contestación, decidió tomar la iniciativa disparando contra las cajas para obligarle a mantenerse agazapado, sin que el otro respondiera. Después dejó la pistola en el suelo y tanteó uno de los bidones. Eran muy voluminosos y estaban vacíos. Lo corrió un poco y quitó una madera que hacía de calce, lo puso en la posición indicada y haciendo un esfuerzo lo impulsó con ímpetu hacia las cajas que protegían a su contrincante.

El bidón rodó con estrépito sobre el pavimento y ayudado por un ligero desnivel, se lanzó violentamente contra la improvisada barricada. Fue un choque espectacular.

O'Reilly

no aguardó las consecuencias. En el momento de producirse había saltado hacia adelante.

El hombre lanzó una interjección, pues sin duda había sido alcanzado por algún cajón. Antes de que pudiera reponerse de la

sorpresa, ya el agente del
F. B. I.,
había caído sobre él y lo desarmaba.

—¡Quieto ahora! —dijo Patric—. Lo primero será verte la cara...

Pero había desestimado a su enemigo. Caído como estriba le golpeó con furia con ambos pies en el estómago, y

O'Reilly

gimió desplomándose sobre los envases.

Tuvo suficiente serenidad para arrastrarse un poco de costado cuando el otro se lanzaba sobre él atacando alocadamente con ambos puños.

O'Reilly

le sujetó por el cuello y trató de alcanzarle en la cara, que era una mancha borrosa en la oscuridad de los muelles.

Tuvo la fortuna de conectar un directo preciso. Su enemigo aflojó y cesó en el ataque.

Haciendo un esfuerzo quitóselo de encima y se incorporó trabajosamente. Tenía el cuerpo lleno de golpes y respiraba agitadamente por la carrera y la dura lucha.

—¡Con razón decía yo que eras difícil, amigo! —dijo entre dientes—. Ahora voy a ver sí puedo contemplarte a gusto...

Se inclinó un poco buscando en sus bolsillos la linterna. En el momento en que la esgrimía y se disponía a enfocar con ella al caído, sintió un pequeño ruido que le envaró. Se quedó rígido y ya iba a volverse rápidamente cuando algo le golpeó en la cabeza. Quiso agarrarse, pero sólo consiguió manotear, desesperado, antes de perder totalmente el conocimiento y desplomarse inconsciente.

CAPÍTULO VII

La primera sensación que experimentó fue un gusto amargo en la boca. Después el oído empezó a lanzar sus mensajes al cerebro.

Un crujido de maderas y un golpear rítmico contra una superficie cerca de él. Todo lo percibía envuelto en una intensa impresión de mareo. Enseguida pudo abrir los ojos despacio.

Se palpó la cabeza donde había recibido la caricia del desconocido. Luego se incorporó tomando asiento en un suelo de tablas. No tardó en aprender que estaba en un pequeño sollado de alguna vieja embarcación que se mecía suavemente.

No le habían amarrado, pero estaba desarmado.

Se dirigió hacia una pequeña puerta después de comprobar que la habitación no tenía hueco alguno al exterior y se ventilaba por un pequeño tubo.

Palpó a tientas la madera buscando el pestillo. Inmediatamente se abrió y apareció ante él un individuo de extraordinaria corpulencia, vestido con un grueso jersey. Portaba una lámpara de petróleo y a su luz pudo el agente confirmar su idea de que se encontraba en algún navío, sin duda anclado en la bahía de Portland. Aquel hombre llevaba en la cintura la pistola del agente y al ver a éste lanzó una carcajada ruidosa que sorprendió a

O'Reilly

desagradablemente.

—¡Vaya, señor! ¡Ha despertado usted muy pronto! ¡Siéntese en esa banqueta y no se mueva... Tenemos que esperar un ratito! — Sacó del cinto un aparatoso cuchillo y se puso con él a tallar una maderita. De vez en cuando reía sin motivo.

El agente del F. B. I, comprendió que se encontraba ante un anormal. Un caso de infantilismo o imbecilidad, que seguramente

harían de aquel gigante un sujeto peligroso. Tomó asiento, decidido a esperar los acontecimientos. Su guardián había puesto el farol en el suelo y le miraba furtivamente.

—¿Me da un cigarrillo? —dijo de pronto el sujeto corpulento. Y después que lo hubo encendido volvió a reírse de un modo estúpido. Se quedó fija su mirada en el agente para continuar—: ¡Me gusta mucho fumar! ¡Deme todos los cigarrillos! ¡Usted ya no los necesitará!

O'Reilly

se los tendió acercándose un poco, pero el otro se alarmó y esgrimió el cuchillo amenazador.

—¡Quédese ahí! ¡El patrón me ha dicho que tenga cuidado! ¡Dicen que soy tonto, pero no es cierto...! ¡Lo que pasa es que me tienen envidia porque soy muy fuerte! ¡Fíjese!

Cogió con dos dedos el trozo de madera que estaba trabajando y lo partió sin esfuerzo. Patric se estremeció y queriendo sacar algo en limpio a su favor le animó:

—¡Estupendo! ¡Usted no debía quedarse en este rincón! ¡Es el hombre más fuerte e inteligente que he conocido! ¡Eso se ve enseguida...!

Rió satisfecho su interlocutor. Iba a continuar hablando cuando una voz llegó a ellos desde el exterior. Una voz dura y seca:

—¡Cállate, imbécil! ¡No hables una palabra más! ¡Cumple mis órdenes y recibirás lo tuyo! ¡Si no...!

El hombretón se quedó silencioso, evidentemente atemorizado. El agente del F. B. I, aguzó su oído y pudo percibir pasos sobre el camarote. Luego cesaron totalmente.

También el vigilante debió darse cuenta, porque comentó en voz baja:

—¡Se ha ido...! ¡Vamos a terminar este trabajo...!

—¿Cuánto le ha dado ese hombre? —preguntó

O'Reilly

impaciente—. ¡Déjeme marchar! ¡Yo puedo pagarle doble...!

—¡No! —Se estremeció el otro—. ¡Me mataría! ¡Ya me lo dijo! —Después tubo una transición brusca y rió divertido—. ¡Además, me gusta esto! —Parecía haber olvidado la presencia del agente—. ¡Él me ha dicho que le ponga un peso en los pies... Lo dejaré caer con una cuerda y podré izarlo al poco rato para ver cómo se

ahoga... Siempre pensé que me agradaría ver cómo se ahoga un hombre...! —Y soltó una siniestra carcajada.

Parecía entusiasmado con aquella idea morbosa.

O'Reilly,

que había comprendido a qué se refería el sujeto con sus incoherencias, apretó los puños furioso.

El loco, sin cesar de reír, se acercó a él y apoyó contra su cuerpo delgado el afilado cuchillo.

—¡Dése la vuelta! ¡Estése quieto un poco!

El agente obedeció tomando sus precauciones. Cuando sintió que el hombre trataba de amarrarle las manos a la espalda, dilató sus músculos y cruzó las muñecas de un modo diestro y calculado para que la atadura quedara floja. Como había supuesto, el otro no se dio cuenta de la maniobra y le enlazó bruscamente pero con poca habilidad. Después le volvió de cara.

—¡Muy bien! Así será un tanto difícil nadar... ¿eh? ¡Ahora los pies!

Le tomó por un tobillo y violentamente le hizo caer al suelo. Se quedó de pronto un poco pensativo y recordando quizá alguna cosa abandonó la habitación y subió corriendo la escalera de madera, haciendo crujir la cubierta del viejo cascarón.

O'Reilly

aprovechó el momento para tratar de estirar la cuerda. Hizo unos esfuerzos violentos que le produjeron vivos dolores en las muñecas pero enseguida consiguió lo que se había propuesto. Era un truco muy conocido. Contrajo sus músculos e hizo girar las manos colocándolas frente a frente. En aquella posición no le fue difícil escurrir la derecha primero.

Suspiró tranquilo al concluir felizmente aquella tarea y volvió a colocar los brazos a su espalda cuando ya sentía los pasos del otro que se acercaba de nuevo. Descendió la escalera riendo felizmente.

—¡Ya lo tengo! ¡Fíjese! ¡Con esto descenderá como una flecha!

Le mostró muy satisfecho un trozo de cadena con gruesos eslabones. Se inclinó para sujetarla a los pies del caído.

Aquella era la oportunidad y tenía que ser certero pues no podía engañarse respecto a las condiciones físicas del gigante.

Cuando la nuca amplia se le mostró más propicia levantó sus dos manos rápidamente y cerrando ambos puños los dejó caer

impulsados por una energía desesperada sobre el cuello del sujeto. Fue un golpe capaz de matar a un mulo. El idiota rodó por el suelo y se quedó inmóvil.

O'Reilly

tiró las ataduras de las manos y se soltó las que había empezado a colocarle en los pies.

Se inclinó sobre el caído. Por unos momentos temió haberle asestado un golpe mortal.

—¡Qué bárbaro! ¡Respira como si tal cosa...! ¡Si no me doy prisa le tendré enseguida de pie! —Había recuperado su pistola mientras hablaba.

Tomó el farol y subió por la estrecha escalera. Cuando llegó a la cubierta vio que el barco se encontraba frente a un viejo muelle de madera. Cerca de él flotaban tres o cuatro botes y a lo lejos se veían las manchas oscuras de los grandes navíos.

Saltó con agilidad a una de las faluchas. Tenía que volverse de ellas para alcanzar el muelle.

Estaba tirando de las amarras para acercarse a la escala de hierro cuando repentinamente algo golpeó contra el casco y rasgó el agua. Enseguida llegó a él el tableteo de una ametralladora.

Se tiró rápidamente al fondo del bote, preguntándose qué significaba aquello. Por un momento creyó que el energúmeno del camarote le había disparado desde la borda, pero a los pocos instantes pudo darse cuenta que era desde el muelle, de donde le habían atacado. Peary sin duda había esperado para cerciorarse de que sus órdenes eran cumplidas.

El bote había vuelto a alejarse del muelle y flotaba en un sitio completamente visible para su enemigo. Probó a izar con cuidado una lata vacía que encontró flotando en el fondo, e inmediatamente voló de sus manos mientras otra ráfaga festoneaba la madera. Sintió un latigazo en una pierna y lanzó una exclamación de rabia. Si continuaba allí Peary terminaría acribillándole. La próxima vez tiraría un poco más bajo y acabaría con él.

Se acercó con cuidado hacia un costado del bote inclinando la embarcación. El invisible atacante debió notar algo extraño porque otra vez disparó contra

O'Reilly,

pero ya éste había realizado un brusco movimiento y volcando el

pequeño barquito se dejó caer en el agua. El casco le protegió del último ataque e inmediatamente se sumergió bajo las heladas aguas, y a favor de la obscuridad se acercó al muelle.

Cuando hizo pie en uno de los travesaños de madera del entramado, ya el frío intenso había empezado a inmovilizarle. Saltó rápidamente. Esgrimió su pistola para volver enseguida a enfundarla lanzando una exclamación de disgusto. El arma estaba inservible por la mojadura.

Se alejó un poco del lugar, arriesgándose a trepar por la primera escala que encontró, temiendo que al asomar le atravesaran la cabeza. Pero la obscuridad era mucha y sin duda su atacante no se percató de su cercana presencia.

Se dejó caer sobre el muelle y esperó atisbando los alrededores.

Las cajas y fardos apilados dificultaban su intento. Sonrió al fin. Una sombra se movía muy próxima. Alguien estaba tratando de acercarse con muchas precauciones.

Tomó su inservible pistola e incorporándose un poco la lanzó por encima de unas pacas lo más lejos posible de él y de su enemigo. El arma botó sobre la madera y produjo al caer un golpe seco. Como había supuesto el que acechaba se volvió bruscamente.

Patric

O'Reilly

decidió jugarse el todo por el todo. Estaba desarmado ante un criminal que esgrimía una ametralladora. Si ahora le dejaba huir quizá nunca más podría capturarlo.

Pero la suerte no parecía estar de su parte en aquel caso. Cuando se disponía a saltar sobre el hombre, un ulular de sirenas inundó el espacio y la luz de un reflector recorrió la zona. Peary corrió a refugiarse de nuevo en los almacenes con

O'Reilly

detrás, en el momento en que un grupo de hombres con Heber al frente se interponía ante el agente del

F. B. I.

—¡Apártense! —les gritó desesperado—. ¡Allí va el que buscamos! ¡Corran!

Michel dio unas órdenes rápidas y los hombres se desplegaron. Pero los instantes eran preciosos en un caso como aquél y por segunda vez el peligroso asesino de Thule se esfumó ante las

propias narices de
O'Reilly.

Cuando se convencieron de que era inútil la búsqueda, volvieron a reunirse en el muelle.

—Lo siento mucho, Patric. Hemos estado tratando de hallarte desde hace horas. Preguntamos a la señora Peary y ella nos contó lo de la persecución.

Registramos toda la zona sin éxito. Cuando ya estábamos lejos, intentando encontrar algo, oímos los disparos...

—¡Hubiera sido mejor que pasarais la noche jugando al *bridge*! —se lamentó despechado—. ¡Esta vez sí que será difícil volver a tomar contacto con ese hombre! Ya no intentará una aproximación a su esposa por ahora. Dentro de poco estará lejos de aquí —concluyó pesimista.

Michel dio instrucciones a sus hombres para que vigilaran todas las carreteras y se pusiera guardia en el aeropuerto y en el ferrocarril... Sin embargo, se adivinaba desaliento en todos.

—Heber: envía a buscar a un loco que está en aquella motora. Y di a esos hombres que tengan cuidado... Es un sujeto muy peligroso...

Le contó a Michel sus aventuras. Entonces se acordó de su herida. Afortunadamente no tenía importancia. Era un rasguño superficial.

—¡Menos mal! ¡Todo no iba a salir del peor modo! ¡Ahí traen a ese pájaro! Vamos a tu oficina para ver si sacamos algo en limpio...

En el despacho de Michel estuvieron tratando de interrogar al dueño del barco que había servido de prisión al agente. Fue lo único que pudieron conocer, que el barco era de él. Por lo demás, toda la habilidad de aquellos hombres se estrelló contra el desvarío mental del individuo, que parecía aterrado.

—¡No sé nada... No sé nada...! Le encontré esta tarde... me invitó a beber. Me dio tabaco... Luego dijo que me alquilaba el barco. Nadie lo quiere ya... está muy viejo.

—¿Para qué quería tu barco? —preguntó Michel.

—Yo no sé... Dijo algo de Boston. Sí... que iba a Boston con una muchacha... No sé... Yo no sé nada...

—¿Y por qué me agrediste en el muelle? —intervino Patric con calma.

—Vi como peleaban. Estaba cerca de allí. Cuando el patrón cayó, pues... Me había advertido que si no le obedecía me mataría... Llevamos a un hombre a bordo y me ordenó que después que él se marchara lo tirara al agua con un peso en los pies... —Y volvió a reír como anteriormente.

Michel se levantó y
O'Reilly
pasó con él a otra habitación.

—Es inútil. Ese tipo no nos vale para nada. Lo que no entiendo es lo del barco. ¿Qué viaje será ese de Boston?

—Seguramente pensaría llevarse a su mujer a la fuerza. Habría previsto que quizá ella no quisiera nada con él, y para este caso tendría sin duda dispuesto un viaje clandestino, raptándola. En su situación no puede exponerse a ser detenido... —opinó el agente—. Esto me recuerda que debo hacer una visita a esa joven. Ahora es muy tarde. Lo dejaré para mañana por la mañana.

Efectivamente, a primeras horas del día siguiente se dirigió a la casa de los Peary. Antes habíase informado de las noticias negativas sobre la captura del fugitivo.

Elen Auburn le recibió, aún excitada por los acontecimientos de la noche anterior.

—Quería preguntarle algo, señora —dijo
O'Reilly
después de saludarla—. Ayer, al anochecer, la llamaron a usted por teléfono. Sabemos que era su esposo. ¿Ha vuelto a tener noticias de él?

—¿William? —preguntó la muchacha extrañada—. No. No era él. Debe tratarse de una equivocación...

—¿Que no era Peary? —insistió el agente contrariado ante su actitud—. Vamos, señora... El hombre que llamó anoche en esta puerta era él. Usted misma pudo ver cómo huía...

Elen se quedó unos instantes pensativa y luego murmuró:

—¡William! ¡Nunca creí que volviera después de aquello...! —Se recobró un poco y aseguró con firmeza—. Pero lamento decirle, señor, que el hombre que telefoneó anoche no era él. Estoy segura... Aunque de todos modos... —se interrumpió durante breves segundos para continuar—: Sí... Su voz me fue familiar. Distinta a la de William, desde luego, pero me pareció recordarla.

Patric suspiró desalentado.

—No quiero insistir, señora. Mi obligación es avisarla para que tenga cuidado. Está asustado y es peligroso... Quizá sería mejor que alguien vigilara la casa...

—¡Nada de eso! —protestó impulsivamente la joven—. No soy cobarde y tampoco me gusta que me espíen.

El agente del F. B. I, la contempló admirado durante unos momentos. Después encogió sus hombros desgarbados con ambigüedad y se dirigió hacia la salida.

—Esta fotografía es de Joseph Bruce, ¿no? —preguntó amablemente cuando ya se despedía, indicando una cartulina en la que se veía a un joven sonriente y apuesto.

—Sí —contestó ella, distraída—. Es un buen amigo de la casa. Quizá usted ya sepa que fue pretendiente mío antes de que yo me casara con William. Pero a pesar de ello, continuó apreciándonos mucho. Marchó a Thule con mi esposo. Me parece que fue Joseph el que le animó. Ha sido la única vez que no aprobé su proceder...

Elen Auburn parecía contenta de poder confiarse a alguien.

Un caso curioso —comentó Patric pensativo—. Dos hombres tras una mujer hermosa... —Notó que ella enrojecía y continuó con suave entonación—. Vuelvo a advertirla que tenga cuidado, Elen. No me gustaría que le sucediera ningún contratiempo desagradable...

La respuesta de la joven le dejó sorprendido. Sus palabras le parecieron extrañas.

—¡Usted es quién debe tenerlo! —dijo ella con calor—. ¡Es terrible y al mismo tiempo admirable esta profesión de usted...! O'Reilly

la contempló confuso y durante mucho tiempo dio vueltas a la frase en su cerebro.

CAPÍTULO VIII

Portland no tenía demasiados atractivos para un agente del F. B. I, a quien la impaciencia consumía. Por ello, la estancia de Patric O'Reilly

después del fracaso en la captura de Peary no fue muy larga.

Una mañana, después de haber quedado bien establecido que era inútil la espera, se confesó a sí mismo:

—¡Me temo, Patric, que algo ajeno a tu obligación te retiene en Maine! Parece increíble que después de conocer a tanta gente y a tantas mujeres la joven Elen Auburn te haya impresionado de este modo. Lo mejor será poner tierra por medio...

Una noticia repentina decidió su marcha. Michel le llamó desde su oficina por teléfono:

—Patric, tengo aquí un mensaje de Nueva York para ti.

—Puedes abrirlo y leérmelo.

—Está bien. Atiende: es de los chicos de allí y dice: «Patric O'Reilly

en misión en Portland. Hoy a las diez veinte un desconocido ha llevado a tallar una gran piedra, un diamante, al taller de Luigi Stromber, en la calle Covenart. El recibo ha sido extendido a nombre de P. Smith. El tallista, que estaba advertido, le ha dado un largo plazo de cinco días. El diamante es de gran calidad y el que lo llevó no pertenece al gremio. Esperamos instrucciones. Ruskoya. ¿Qué te parece? ¿Crees que se tratará de tu hombre?».

—No lo sé. Habrá que arriesgarse a perder el tiempo, pero no tengo nada mejor que hacer por el momento. Resérvame una plaza en el primer avión para Nueva York.

Respiró un poco más tranquilo cuando se encontró sentado confortablemente, volando hacia la gran urbe. Hizo una corta escala

en Boston y la ciudad volvió a traerle el recuerdo de Elen, a quien ya no creía volver a encontrar. No sabía si lamentarlo o alegrarse por ello.

Cuando llegó a su destino y después que hubo dejado el equipaje en su habitual alojamiento, el insignificante hotel «Times», en Broadway, repleto de artistas desocupados y arbitrarios, pero acogedor y simpático, se dirigió hacia el gran edificio del F. B. I, una babel de hormigón armado y acero, el cerebro de la lucha contra el mal en la fantástica agrupación humana de los rascacielos.

—¡Caramba, Patric! —le saludaron en la oficina de coordinación—. ¡Creíamos que continuabas en el Polo Norte! ¿Qué nos has traído de recuerdo?

—¡Dejadme en paz! Sois todos unos emboscados. No hay quien os apee de vuestro despacho. ¡Ya me encargaré yo de decírselo al viejo! ¿Dónde está Ruskoya?

—Arriba. Le han cambiado al cuarto piso. Ha preguntado por ti varias veces. Subió en el ascensor hasta la oficina del dinámico jefe de sección.

—¡Bienvenido,
O'Reilly!

—le saludó efusivamente Tengo mucho trabajo, Siéntate ahí. Busca en ese fichero la hoja de Luigi Stromber. Puedes oír su declaración en el magnetofón.

El irlandés hizo pasar las cartulinas. Cuando encontró la que buscaba consultó el número de clave, y con él pasó a un despachito auxiliar donde estaban archivados los carretes magnetofónicos. Tomó el que necesitaba y lo colocó en el aparato. Enseguida pudo oír toda la declaración del tallista. Cuando estaba terminando entró Ruskoya.

—¿Qué te parece? ¿Será ése el hombre?

Patric pulsó el freno del aparato. Después se volvió a su compañero.

—No lo sé. Desde luego, es extraño que como dice el tallista, le hayan pedido que fraccione la piedra en varios brillantes pequeños. Así pierden dinero, pero también pueden darle salida sin despertar sospechas... ¿Quién es ese Luigi? ¿De confianza?

—Absoluta. Trabaja para los principales joyeros del país, Un artista. Y conoce a todos los que se dedican a este comercio

legalmente. Ten en cuenta que las piedras en bruto no pueden negociarse con facilidad. Los dos o tres «trust» que acaparan el mercado son los que las adquieren de los mineros...

—Ya. Va a costarle un poco, por lo que veo, a Peary convertir su botín en dinero —anotó en su bloc la dirección del tallista—. Te dejo. Voy a hacer una visita a este hombre.

Tomó un taxi que le condujo en pocos minutos a la calle Covenart. Lo despidió y subió las escaleras que conducían a una casa antigua, de tres plantas y en la que no había ningún rótulo ni indicación. Enseguida fue pasado a la presencia de Luigi, un hombre de avanzada edad y ojos vivaces. Le repitió lo que ya sabía y finalmente le mostró la piedra. Para

O'Reilly

no significaba mucho aquel trozo de carbono sucio y disforme.

—¿De qué parte del mundo cree usted que puede proceder? —preguntó.

—¡Oh! —sonrió su interlocutor—. Eso no puede precisarse. La piedra ha sido limpiada cuidadosamente. Todos los diamantes son exactos en cuanto a composición. No..., No puedo conocerlo —el hombre volvió a sonreír—. ¿Qué debo hacer? ¿Entrego los diamantes que obtenga a su dueño cuando venga a recogerlos?

—Le avisaremos. Quizá nos convenga presenciar ese momento. Ya recibirá mis noticias.

Cuando volvió a encontrarse en la calle Covenart lamentó no haber retenido el coche. Como no había ninguno a la vista se fue paseando para alcanzar la calle 42 y llamar alguno.

Iba pensando en la mejor manera de aprovechar la nueva oportunidad que se le presentaba, cuando le pareció que era seguido.

Se detuvo un instante, y aun cuando no podía percibirse el ruido de las pisadas por el tráfico de las cercanas avenidas, su aguzado instinto le confirmó que alguien andaba tras sus pasos.

Sonrió. Estaba acostumbrado a ser él quien acechara. Siguió caminando y tomó distraídamente su pitillera de la que extrajo un cigarrillo, no sin antes maniobrar diestramente basta que en la pulida superficie plateada se reflejó la silueta de un hombre joven, achulado, con sombrero calado, que estaba examinando un poco azorado un escaparate.

No podía tratarse de un atraco a aquellas horas y en aquel sitio. Aquel sujeto sin duda le había visto entrar y salir de casa de Luigi.

—El que ha llevado la piedra ha tomado sus precauciones —se dijo—. Debo tener facha de policía y este muchacho quiere cerciorarse si ha cundido la alarma. Lo mejor será tener una conversación con él.

Miró a su alrededor discretamente. El sitio no se prestaba a una acción violenta. Decidido se detuvo ante una casa parecida a la del tallista. Subió las escaleras y llamó. En el cristal de la puerta pudo ver reflejado a su seguidor que detenía en aquel momento a un niño haciéndole unas preguntas al parecer muy interesado. Tal vez el nombre del dueño de la casa o quizá cualquier futeleza para despistar.

Abrió una señora de edad que al ver a O'Reilly con el sombrero en la mano refunfuñó.

—¡No necesito comprar nada! ¡Tengo hecho mi seguro! ¡Buenos días!

—¡Un momento, señora! —dijo el agente introduciendo el pie en la puerta para impedir que fuera cerrada—. Se trata de un asunto de importancia. Policía Federal. Permítame usar su teléfono.

Mostró su emblema y la mujer cedió el paso extrañada. Le indicó dónde estaba el aparato, que el agente tomó sin dejar de observar a su seguidor a través de los cristales.

—¡Póngame con Ruskoya! —pidió a la centralilla del F. B. I.

que rápidamente le dio la comunicación—. ¿Ruskoya? ¡O'Reilly

al habla! ¡Necesito que me envíes inmediatamente un coche con un par de muchachos a la calle Covenart!, ¿número?... —preguntó a la mujer y continuó—: Número 162, Ruskoya. ¡Tengo ahí fuera un pájaro al que necesito entrevistar! ¡Rápido!

Colgó. La dueña de la casa le contemplaba admirada y sin conceder importancia a la curiosidad que estaba despertando en ella se decidió a atisbar por los cristales al pistolero, aspecto de tal tenía, que continuaba charlando muy animado con unos pequeños que ahora formaban grupo junto al primero.

No habían pasado muchos minutos cuando un coche negro y

potente se detuvo frente a la casa.

Rápidamente

O'Reilly

salió al exterior y corrió hacia su seguidor que no tuvo tiempo de reaccionar.

—¡Fuera de aquí, chiquillos! —gritó el agente al tiempo que cogía bruscamente al hombre por un brazo—. ¡Tú, quieto, amiguito! ¡Otra vez te convendrá ser más avisado!

El apresado trató de sacudirse de encima al irlandés, pero éste le oprimió su pistola contra la cintura empujándole violentamente hacia el coche.

Se abrió la portezuela del vehículo y otro agente descendió. Entre los dos introdujeron al hombre dejándolo caer en el asiento. Inmediatamente el coche se puso en marcha y abandono el lugar cuando ya se empezaban a agrupar algunos curiosos.

CAPÍTULO IX

Un grupo de hombres en mangas de camisa rodeaba a otro, caído sobre una silla con aspecto cansado y abatido. El humo denso de los cigarrillos había convertido el aire en una nube intensa que hacía insoportable la respiración.

La habitación estaba en penumbra, excepto el violento rayo de luz procedente de un potente foco que destacaba la sudorosa faz del sujeto, el cual se agitaba en su asiento nerviosamente.

Se abrió la puerta y entró

O'Reilly

acercándose al grupo.

—¿Qué? ¿Nada?

Un individuo grueso arrojó al suelo, furioso, la punta de su cigarrillo y aproximándose a la silla tomó al hombre por las solapas de la chaqueta y lo sacudió con violencia.

—¡Vamos, cerdo! ¡Contesta de una vez! ¿Qué hacías frente a la casa de Luigi y por qué has seguido a éste? ¿Crees que esa actitud te va a servir de algo?

El interrogado levantó los ojos cínicos y duros. Sonrió un poco nervioso y volvió la cara con gesto despreciativo.

Otro policía se turnó en el interrogatorio con idéntico resultado.

—¡No diré nada! —dijo al fin el pistolero con toda tranquilidad—. Esto es un atropello y mi abogado les demandará a ustedes. Yo estaba paseando por la calle Covenart cuando este chulo me asaltó...

Una mano azotó con fuerza el rostro del hombre.

O'Reilly

detuvo a su excitado compañero que barbotaba:

—¡Maldito pandillero! ¡Insultar a un agente del F. B. I...! ¡Ya

sabemos quién eres y de ésta no vas a salir bien, por muy hábil que sea ese cochino picapleitos vuestro!

—¡Déjalo! —intervino Patric conciliador—. Este hombre se sabe su papel.

—¡Claro que lo sabe! ¡Esta gentuza está especializada en andar bordeando la Ley, ayudados por abogados sin escrúpulos!

O'Reilly

salió de la habitación comentando preocupado el caso con Ruskoya, que había estado contemplando la escena en silencio.

—Habrá que entregarlo a la Policía Metropolitana. Este sujeto es uno de los chicos de Walter Aduxio, ese *gángster* especializado en juegos y contrabandos de toda especie...

—Es lo que no comprendo. ¿Qué relación puede tener esta gente con William Peary, que es el típico caso de delincuente solitario? —preguntó el irlandés.

—Cualquiera sabe. Ha podido caer en sus manos o habrá solicitado su ayuda para vender las piedras con comodidad. Ten en cuenta que él está buscado por la policía de todo el país. No puede casi salir a la calle y mucho menos anclar por ahí ofreciendo diamantes.

—Sólo me queda ahora esperar que vayan a buscar la piedra al tallista. Quizá haya sido una torpeza detener a este hombre... Pueden alarmarse...

—Ahí tienes lo que llevaba este tipo en los bolsillos. Nada de interés. Pero te advierto que aún tengo esperanzas de conseguir algo de él. Preguntándole abiertamente no, pero con un poco de habilidad... Habrá que pensar en ello...

O'Reilly

se puso a curiosear las pertenencias del prisionero. Sólo había una cosa interesante. Un paquete de fósforos del Club Cocanoa. Lo examinó cuidadosamente guardándolo después en su bolsillo.

Y sin otra nota de interés que la lucha con el abogado del pistolero para continuar reteniéndole mediante argucias legalistas, pasaron los días que el tallista diera de plazo al portador del diamante para recogerlo.

El día indicado,

O'Reilly

y Ruskoya permanecieron apostados en el interior de la casa de

Luigi esperando la llegada del misterioso personaje, que no se presentó.

Ya no había duda de que la detención del pistolero les había alarmado, aunque de todos modos parecía extraño que se conformaran con la pérdida de los diamantes. Peary, si era el hombre que estaba tras aquello, procedía con prudencia.

—Por lo menos —se consolaba Patric de vuelta a la oficina— sabemos ahora con certeza que el diamante es de procedencia ilegítima y ello nos aproxima más al asesino de Thule.

—Habrà que apretar las clavijas al hombre que tenemos —dijo Ruskoya sombríamente—. Prepararemos algo parecido a lo del caso Center. ¿Recuerdas?

—Sí, y no me parece mala idea. Esa gentuza resiste bien un interrogatorio porque está preparada para ello. Quizá de este modo consigamos más.

Bajaron a la planta baja donde se encontraba el detenido. Ordenaron que fuera conducido a la habitación de los interrogatorios y mientras esperaban comentaron:

—Si Hoover se entera de estos trucos nos pone en la calle. Silencio... ya está ese tipo ahí...

Pasaron al cuarto contiguo al tiempo que se oían pasos cercanos. La puerta de comunicación estaba entreabierta. Un agente se asomó e hizo una señal. Inmediatamente Ruskoya empezó a hablar de forma que pudiera ser escuchado desde el otro cuarto.

—Es lo mejor, Patric. Comprenderás que se trata de una oportunidad única. Estamos en un compromiso con el asesinato de ese viejo... —Guiñó un ojo a su amigo y continuó—: Está en juego nuestra carrera y yo no estoy dispuesto a perderla. Lo tengo todo dispuesto. Ese tipo cargará con el mochuelo...

—¿Has preparado las impresiones dactilares? —preguntó O'Reilly siguiendo la comedia.

—Claro. He limpiado cuidadosamente el vaso que encontramos y que utilizó el asesino y lo hemos puesto en la celda de este chico. A estas horas estará lleno de sus huellas digitales. Ahora tomaremos las suyas con abundantes testigos y como haremos ver que concuerdan perfectamente ningún jurado dudará en condenarlo. No puede presentar coartada. Ha pasado mucho tiempo de aquello y ni

él mismo recordará e hizo la noche del crimen. Luego ese infeliz de Spurk jurará que él es el hombre que vio salir de la casa aquella noche... ¡Te digo que éste es asunto resuelto, Patric!

—Tienes razón. ¿Qué más da que sea este u otro hombre el que pague? Seguramente que el pollo tampoco tendrá la conciencia tranquila...

—Bien. De acuerdo entonces. Vamos a preparar las huellas. Tú puedes hacer de testigo...

Esperaron unos segundos para que sus palabras surtieran el efecto deseado. Cuando penetraron en la habitación en la que esperaba el detenido pudieron darse cuenta de que la aña gaza había tenido éxito. El hombre estaba desmoralizado. Se revolvió inquieto mirando con desconfianza a su alrededor. Tuvieron que sujetarle para poder tomar sus huellas dactilares. De pronto estalló:

—¡No! ¡Canallas! ¡Yo no maté a ese viejo! ¡No sé siquiera de quién se trata!

—Pero ¿de qué estás hablando? Un crimen, ¿eh? Empieza por contarnos lo de ahora, jovencito...

—¡No pueden hacer eso! ¡No pueden! ¡Es una falsedad y llegará a descubrirse! ¡Lo he oído! ¡He oído todo lo que hablaban!

—No seas terco, muchacho —dijo Ruskoya secamente—. ¡Confiesa de una vez que tú mataste al viejo prestamista! ¡Si lo haces puede que el jurado te...!

—¡No! ¡No lo haré jamás! ¡Yo no lo hice...!

—Vamos... Empecemos por el principio... —Ruskoya hacía esfuerzos por mantenerse duro—. ¿Qué hacías frente a la casa de Luigi?

El individuo había perdido toda su entereza. El temor a ser víctima de una trampa hábilmente tendida desarticuló su estudiada defensa. Cantó de plano:

—Walter me envió allí, aunque no sé de qué asunto se traía. Hacía dos días que vigilaba la casa. Tenía que dar cuenta por teléfono de todas las personas que entraban y salían. Hasta entonces sólo lo había hecho gente sin importancia. Pero llegó este hombre... y enseguida me di cuenta de que era de la «bofia»...

—¡Te felicito,

O'Reilly!

—interrumpió Ruskoya dando un codazo al irlandés que había

puesto cara de pocos amigos—. ¡Vamos, continúa!

—Decidí seguirle mi poco para cerciorarme. Eso es todo. Me echaron el guante como a un pipiolo. ¡Pero no pueden cargarme lo de ese viejo! —insistió de nuevo sobre el tema que le preocupaba—. ¡Les oí hablar! ¡Diré que es una trampa!

—¡Cuéntanos algo más, angelito! —apremió Ruskoya.

—Sólo sé que hay mucho dinero en este asunto. Ha venido un tipo del Norte y se ha puesto de acuerdo con mi jefe. Yo no lo conozco, pero Walter me dijo que había mucha pasta...

—¿Quién llevó la piedra al tallista?

—Otro chico de la banda. El hombre del Norte no ha aparecido por nuestro Club. Se ve con el jefe a solas, pero he oído comentar que es un tío con toda la barba. ¡Ha hecho no sé qué barbaridad...!

—¿Dónde tenéis la guarida? ¡Contesta!

El pistolero parecía asustado y le costó continuar. Habló temeroso:

—¡Yo no soy un soplón! ¡Si lo cuento es para que no me metan en ese lío del crimen...! ¡A ustedes les será fácil encontrar otro!

—Está bien, hombre. Dinos dónde os reunís y se acabó. De todos modos si Walter Aduxio te echa el guante ya estás listo...

—En el Club «Cocanoa». Yo no sé más... Creo que tienen otro centro, pero esos idiotas no me consideran de su absoluta confianza...

—Pues me parece que hacen bien... —murmuró O'Reilly

a quien siempre producían náuseas los delatores.

Salieron los dos agentes del cuarto mientras el detenido gimoteaba:

—¡Se lo he contado todo! ¡No lo olviden... Déjenme marchar...!

Subieron a su oficina. Patric tomó un cigarrillo y lo encendió. Le dijo a su compañero:

—Me parece que esta noche tendrás que endosarte tu *smoking*, vieja foca. Eso es siempre un espectáculo que vale la pena.

—¡Hombre, me gusta! ¡Como si no fuera yo diez veces más elegante que tú, que pareces un saco de huesos! —protestó Ruskoya riendo.

—No nos vendrá mal un poco de música alegre. ¿Dónde cae ese Club «Cocanoa»?

—En Bronx. Hace tiempo que sabemos que es un escondrijo de ratas. Pero, desgraciadamente, ¡hay tantos!...

Cuando dejaban sus abrigo en el guardarropa del *cabaret*,
O'Reilly

dio la razón a su amigo. Bastaba ver los rostros de muchos de los asistentes para darse cuenta que pertenecían a esa hez de la gran ciudad que se esconde bajo un traje de etiqueta.

No obstante, siempre había una parte de gente realmente elegante a quien agradaba el ambiente equívoco y las salas clandestinas de juego, que debían ser el principal negocio de la empresa.

Tomaron asiento en una mesa cerca de la pista, y vieron como grupos de gente atravesaban una pequeña puerta, conducidos por un apuesto y sonriente empleado.

—El garito. La Policía Metropolitana debería vigilar más estos sitios —se lamentó

O'Reilly

haciendo una significativa seña a su amigo, que asintió.

—Mira, aquél es Walter Aduxio... —señaló Ruskoya indicándole un hombre moreno, de baja estatura y aire latino, que contemplaba la sala desde la entrada de servicio.

—¿Qué te parece que hagamos? ¿Crees que contendría abordarle abiertamente?

—No sé, Aguardaremos un poco y entre tanto observaremos. A veces surgen oportunidades —contestó el irlandés—. Por ejemplo... ¡Fíjate en eso!

Un hombre se había acercado a Walter y hablaba con él. Los dos desaparecieron tras la cortina, no sin que antes el «bos» hiciera una señal a otros tres sujetos que estaban en la barra. Cruzaron éstos el salón con aire desenvuelto y penetraron también en el interior.

—¡Aquí se prepara algo! —dijo Ruskoya—. Tendrán esta noche alguno de sus negocios, ¿no crees?

Casi no había terminado de hablar, cuando los cuatro individuos que acompañaban a Walter volvieron a salir. Atravesaron el local y se detuvieron en el guardarropa para recoger sus abrigo. Vestían de etiqueta pero se veía que les molestaba el cuello almidonado. Enseguida desaparecieron por la puerta de salida.

—No me gusta nada... Supongo que esta gente tendrá muchas

cosas sucias en que ocuparse, pero no me gusta... —dijo O'Reilly.

—Pues me parece que es una suerte. Podríamos ahora entrar en el santuario de esa alimaña y apurarlo un poco... —Y al ver que su compañero no parecía escucharle lo sacudió por el hombro—. ¿No oyes? ¡Te estoy hablando!

—¡Perdona! ¡Es que... una duda me está inquietando desde hace un momento! ¡Y sería terrible...!

—¿Sería terrible qué?

Patric no respondió. Se levantó del asiento de un salto, tiró unos billetes sobre la mesa y se dirigió con rapidez en busca de su sobretodo, seguido por Ruskoya que se veía apurado para mantenerse a su lado.

—Pero oye: ¿qué diablos te pasa ahora? —preguntó cuándo ya se dirigían hacia el coche.

—Supongo que llevarás tu pistola —dijo a su vez O'Reilly.

—¡Claro que la llevo! —protesto el otro enfadado—. Y bajo el asiento del automóvil tengo la ametralladora reglamentaria. ¿Por qué lo preguntas?

—Me parece que vamos a tener jaleo. Será mejor llamar a la oficina para que envíen refuerzos.

—¿Refuerzos? ¡Haz el favor de explicarte!

—Creo que sé dónde han ido esos cuatro inocentes bebés que han salido hace poco del Club —habló Patric poniendo el vehículo en marcha—. Si me equivoco, todo se reducirá a haber dado un paseo en balde, pero si acierto nos vamos a meter en un avispero... Llamaremos por teléfono para...

—¡Sigue! Sólo son cuatro. No es necesario que molestemos a los muchachos por eso.

La negra limusine corrió veloz por entre las calles casi solitarias del Bronx, cruzó parte de la ciudad y a través del bullicio de Broadway se adentró en la zona más tranquila. Corrieron durante varios minutos más y al fin

O'Reilly

detuvo el motor mientras su amigo decía:

—Un sitio bonito. ¿Cómo se llama?

—Ésta es la calle Covenart. Y un poco más abajo tenemos la

pacífica residencia de Luigi el tallista, que mucho temo haya visto alterada su tranquilidad...

CAPÍTULO X

Ruskoya levantó el asiento delantero y tomó un objeto largo que guardó bajo el abrigo. Enseguida se unió a

O'Reilly

que le esperaba en la acera, después de haber apagado las luces del vehículo.

—¡Vamos! —apremió el irlandés—. Temo que hayamos perdido un tiempo precioso.

Caminaron a grandes pasos por la calle solitaria y mal alumbrada. Todo estaba en silencio. Un silencio que en aquellos momentos no presagiaba nada bueno.

Al llegar frente a la casa de Luigi se detuvieron un instante.

—¡Me parece que te has equivocado, Patric! —murmuró Ruskoya en voz baja—. Aquí todo parece estar en calma...

El agente no respondió y seguido de su amigo subió sin vacilar las escaleras. Llegó hasta la puerta ya conocida para él y la tocó suavemente. La hoja cedió abriéndose unos dedos.

Se volvió hacia su compañero consultándose ambos con la mirada. Sin decir palabra esgrimió el primero la voluminosa pistola y el segundo sacó a la luz una metralleta ligera de último modelo.

—¡Espera! —susurró

O'Reilly

—. ¡Quizá tengan alguien de guardia en el vestíbulo!

Empujó la puerta y los dos hombres saltaron, uno a cada lado. Pero nada alarmante llegó hasta ellos. Decididamente penetraron en el interior que estaba en completa oscuridad.

Una luz tenue se veía en lo alto de la escalera que conducía al taller del artesano. Patric tomó la iniciativa y poniendo toda la atención comenzó a ascender despacio, seguido por su amigo.

Al llegar a lo alto se detuvieron. Voces confusas se oían y repentinamente, un resplandor vivo iluminó la escalera. Se agazaparon contra la balaustrada. Un hombre acababa de salir de la habitación del fondo y miraba inquieto a su alrededor. Cerró la puerta enseguida y otra vez la obscuridad reinó. Sin embargo, los dos agentes pudieron adivinar como el desconocido se acercaba despacio.

El irlandés hizo una seña a su amigo disponiéndose para la acción. Se incorporó sigilosamente quedándose inmóvil pegado a una columna. Cuando el hombre estaba ya junto a ellos, Ruskoya hizo un pequeño chasquido con la boca.

El individuo sorprendido dio un bote y se volvió hacia el agente dando la espalda a O'Reilly

que no perdió el tiempo. Antes de que abriera la boca para dar la alarma le golpeó fuertemente en la cabeza.

Entre los dos lo depositaron cuidadosamente en el suelo y siguieron su camino hasta llegar a la puerta final del pasillo.

Estaba un poco entreabierta y dentro varias personas hablaban en voz alta, Patric, con su pistola preparada, se pegó a la madera y escuchó. Voces desconocidas increpaban y de vez en cuando distinguía la voz ya conocida de Luigi.

—¡Es inútil, caballeros! —decía el anciano en aquel momento—. Les creo capaces de todo, pero no estoy dispuesto a darles la combinación de mi caja fuerte. Lo que contiene no es mío, sino de mis clientes.

—No sea terco. Es una cosa legal. Tenga nuestro recibo. Yo soy Smith. Denos el diamante que le trajimos para tallar.

—A estas horas no atiendo a nadie —repuso la voz serena del valiente tallista—. Vengan mañana y les atenderé.

—¡Menos contemplaciones, «Sugar»! —gritó otro más impaciente—. ¡Déjame a esa momia por mi cuenta!

Se oyó claramente el estallido de una bofetada y el jadear de un hombre furioso.

—¡Toma! ¡Abre esa caja! ¡Esto se ha terminado!

Lo mismo pensó el irlandés. Apretó el brazo de Ruskoya que hizo un gesto afirmativo. Inmediatamente los dos al unísono empujaron la puerta con estrépito y se situaron bajo el dintel

encañonando a los ocupantes de la habitación que se habían vuelto hacia ellos con sorpresa.

Luigi estaba sentarlo tras una mesa y a su espalda, pálido y desencajarlo se encontraba su criado. Los dos vestían una bata sobre el pijama. Sin duda habían sido arrancados de la cama por los pistoleros.

Éstos eran tres, como ya suponían. Contemplaban estúpidamente la pistola y la metralleta que en aquellos momentos les amenazaban.

—¡Quietos todos! —gritó con energía

O'Reilly

—. ¡Usted, Luigi, levántese de ahí y aproxímese a la salida con su empleado. Vosotros poned las pistolas sobre la mesa! ¡Rápido! ¡Y mucho cuidado! ¡Al menor movimiento sospechoso disparo!

Ruskoya entregó a Patric su ametralladora que éste tomó con la mano izquierda. Dio un paso hacia adelante para recoger las armas de los hombres de Aduxio, pero algo le impidió finalizar su propósito.

Una detonación retumbó en el pasillo y el hasta entonces dinámico Ruskoya agente del F. B. I, se detuvo un instante para después dar media vuelta, y de cara a su amigo, caer al suelo sin lanzar ni un gemido.

O'Reilly

se quedó una fracción de segundo inmóvil, pero su instinto profesional le salvó. Como una centella saltó fuera de la habitación y agazapándose disparó con la derecha una sola vez, para ver cómo el hombre que habían dejado en el pasillo y que hiciera fuego por la espalda contra su compañero momentos antes, daba un paso hacia atrás y desaparecía por la escalera.

Un infierno se desató de pronto en la tranquila vivienda de Luigi.

O'Reilly

había corrido agachado buscando el refugio de la pesada balaustrada. Antes de que tuviera tiempo de alcanzarla ya los tres pistoleros llegaban a la puerta y disparaban al unísono. Un balazo se clavó en el piso junto a él, levantando una astilla que se incrustó dolorosamente en la pierna del agente. Pero ya rodaba éste por el suelo y se agazapaba en los escalones junto al cuerpo caído e

inmóvil del primer pandillero.

Soltó rápidamente la pistola y esgrimió la metralleta corriendo el seguro. Levantó un poco la cabeza. Los tres hombres hicieron fuego, lanzando juramentos y maldiciones.

O'Reilly

apoyó su arma en el último escalón y disparó una ráfaga corta. Cuando volvió a atisbar vio a un hombre tendido. Los otros dos habían desaparecido.

Se levantó con rapidez y corrió por el pasillo. En el taller sólo estaba el criado del viejo, preso de un terror pánico.

—¿Dónde han ido? —preguntó agitándole—. ¿Dónde está Luigi?

El hombre no pudo contestar. Señaló hacia una pequeña puerta del taller que aparecía abierta. Patric lanzó una mirada al cuerpo de Ruskoya que continuaba inmóvil. Dudó unos instantes y en aquel momento el agente abrió los ojos.

—¡Sigue, Patric! ¡Han huido y se llevan a Luigi! —Volvió a cerrar los ojos y enmudeció.

O'Reilly

corrió hacia la puerta. Daba a un estrecho pasillo que moría en una pequeña escalera. Descendió por ella hasta la planta baja. Cuando abría una puerta, un balazo se estrelló junto a su cabeza. Sin detenerse dio un puntapié a la hoja que golpeó contra la pared volviendo a cerrarse. Pero en el instante que permaneció abierta pudo ver a uno de los perseguidos que aguardaba su aparición pistola en mano. Disparó éste a través de la madera y Patric lo hizo a su vez sin moverse del sitio, aguantando la trepidación de la metralleta que vibraba entre sus manos.

Saltó decidido hacia adelante empujando la puerta. El pistolero estaba en pie apoyado en una mesa y le contemplaba estúpidamente. Tres puntos rojos a la altura de su cintura, empezaron a ensancharse hasta convertirse en una enorme mancha sangrienta, y tratando de agarrarse a la tabla se desplomó arrastrando en su caída el mueble.

O'Reilly

se revolvió inquieto. Se encontraba en un pequeño «office». Cruzó la habitación y pasó a la cocina. Al fondo, una puerta acristalada se movía aún, indicando claramente el lugar por el que el último hombre de Aduxio había huido.

Salió al jardín. Era un espacio de césped que daba a la calle posterior. Desesperado miró a su alrededor desconfiando encontrarle, pero un ruido de lucha procedente de unos arbustos atrajo su atención.

Luigi peleaba con el pistolero. Corrió hacia ellos. El peligroso individuo le vio acercarse y golpeando brutalmente al anciano lo dejó inconsciente. Lo sujetó fuertemente utilizando su cuerpo como escudo.

—¡Deténgase! —gritó el agente del

F. B. I.

—. ¡Si da un paso más, disparo!

Se quedaron inmóviles. El *gángster* empezó a retroceder sin soltar su presa ni dejar de encañonar a Patric. Rió con salvaje alegría al sentir que había dominado la situación, y su contrincante adivinó que había llegado su último momento. No podía disparar exponiéndose a herir a Luigi.

Sonó un ruido metálico y el pistolero lanzó un juramento. El arma se le había encasquillado. Presa de pánico, con esa cobardía que la gente de su calaña siente en cuanto se ven desarmados, soltó al tallista dejándole caer al suelo y emprendió una veloz carrera.

O'Reilly

le conminó a que se detuviera.

—¡Alto! ¡No sea loco! ¡Voy a matarlo!

El hombre no obedeció y se alejó aún más. Era duro para el agente, pero se vio obligado a oprimir el disparador por espacio de unos segundos.

Sonó el clásico tableteo seco. Él fugitivo continuó corriendo unos metros, pero enseguida se detuvo, dio unos pasos torpes y rodó por la acera unos metros para quedar caído, colocando su cabeza junto al bordillo.

El irlandés atendió a Luigi, que empezaba a recobrarse. Le ayudó a volver a la casa y en cuanto lo dejó sentado en la cocina corrió escaleras arriba. Penetró en el taller y lanzó una bojeada a Ruskoya. Al momento comprendió que nada podía hacer ya por su compañero. La bala asesina le había atravesado los pulmones y un rastro de sangre bajaba lentamente desde sus labios.

Se puso en pie ante el cadáver y rezó una oración. Sentía un gran cansancio moral. El F. B. I, había perdido a uno de sus mejores

elementos y él, un magnífico amigo.

Descolgó el teléfono y marcó lentamente un número:

—

O'Reilly

al habla. Envíen una ambulancia a la calle Covenart, a la casa de Luigi el tallista, y den cuenta al jefe de que el agente Mike Ruskoya ha caído en acto de servicio... Sí, muerto...

CAPÍTULO XI

En los días sucesivos no fue posible localizar a Walter Aduxio. El asunto de la calle Covenart había sido demasiado sonado y el «bos» estimó prudente, sin duda, desaparecer de la circulación por una temporada, para no tener que dar explicaciones.

O'Reilly

acudió varias noches al Club «Cocanoa», pero inútilmente.

De todos modos, no tenía muchas esperanzas de sacar nada en limpio. Naturalmente, Aduxio, como hombre ducho, diría que no sabía nada de los sujetos muertos por el F. B. I, en la calle Covenart. Pero quizá se habría dado cuenta de que al enfrentarse con la justicia y dar muerte al agente Ruskoya, había firmado también su sentencia.

Todo el Departamento estaba sobre ascuas y no había agente que no deseara echar el guante al responsable de la muerte de su compañero.

En ese ambiente de excitación. Patric

O'Reilly

recibió un mensaje urgente del jefe de Portland, Michel Heber. Fue una llamada telefónica.

—¡Oye, Patric! —dijo su amigo cuando obtuvo la comunicación con el desgarbado irlandés—. ¡Ahí va una noticia que te interesará! ¡Tu adorada Elen Auburn o Peary, como prefieras, ha salido hace escasamente media hora para esa ciudad!

—¿Cómo lo sabes? —preguntó intrigado—. ¿Qué viene a hacer a Nueva York?

—Tenemos una discreta vigilancia sobre esa chica. Ha recibido un telegrama que aun no he podido localizar. Estamos con ello. Yo supongo que será de su marido. Inmediatamente ha preparado una

maleta y ha salido en dirección al aeródromo.

—Gracias, Michel. Te tendré al corriente de lo que haya. Ahora el tiempo apremia y no puedo entretenerme. Adiós.

Colgó el receptor y volvió a tomarlo marcando un número.

—¿Northeast Airlines? Dígame a qué hora llega exactamente el avión de Portland que está ahora en vuelo... —Esperó unos segundos hasta que le informaron—. ¡Muchas gracias!

Tenía el tiempo contado. Todo dependía del estado de circulación en la ciudad. Trataría de rodear para evitar los estancamientos. Era la hora de más tráfico en la zona que rodeaba el edificio de las oficinas.

Bajó al garaje y pidió un coche ligero. Saltó al volante y después de firmar la hoja de salida indicando su punto de destino, partió raudo hacia el aeropuerto de La Guardia.

Tuvo que someter sus nervios a una dura prueba. Constantemente consultaba el reloj. Por fin, después de casi una hora de marcha, primero a través del casco de la ciudad y luego por las autopistas también sobrecargadas de los alrededores, llegó al aeropuerto.

Aviones de líneas procedentes de todas las partes del mundo tomaban tierra o se alejaban continuamente. En el vestíbulo central, los altavoces atronaban con instrucciones para el público y todo allí se movía a un ritmo vertiginoso.

Cruzó corriendo el amplio local y llegó a la oficina de información.

—¿El avión de Portland? Acaba de aterrizar. Pista número 7. Ya se han debido de marchar los viajeros... —le informó una rubia empleada.

Se dirigió hacia la pista indicada. Enseguida pudo ver el plateado avión que había caído en manos de los mecánicos de la Compañía, que lo preparaban para el próximo vuelo.

Un hombre le cerró el paso que franqueó enseguida mostrando su insignia. Atravesó la pista en dirección al despachito de salida. Sólo se veían empleados y personal de las tripulaciones charlando en grupos. Salió a la carretera y en aquel instante la graciosa figura de Elen volvió a alegrar sus ojos.

Estaba cerca de él al pie de un coche gris, un «Pontiac» enorme, hablando con dos hombres. Parecían discutir. En uno de sus

movimientos la muchacha volvió la cabeza y vio a Patric que se acercaba. Dio un grito de alegría y trató de ir hacia él, pero los dos hombres la sujetaron con fuerza y la empujaron rudamente al interior del vehículo. Uno de ellos era Walter Aduxio. Lo reconoció fácilmente.

La portezuela se cerró de golpe y el «Pontiac» se puso en marcha. Aun le pareció ver por el cristal posterior el rostro angustiado de Elen que le miraba anhelante.

Se encontraba algo lejos de donde dejó su descapotable. Saltó a un camión de la «Shell» que llevaba gasolina y conminó al chofer.

—¡Servicio de urgencia! ¡Agente del

F. B. I.!

¡Lléveme rápido a la entrada principal! Tengo que alcanzar ese coche.

El conductor no se hizo rogar y hábilmente llevó con presteza el pesado tanque y lo detuvo junto a la entrada.

O'Reilly

corrió a su vehículo.

Cuando salió a la autopista, el «Pontiac» de los *gangsters* se había alejado, pero no alcanzado el final de la recta. Apretó el acelerador y en breves minutos se situó a pocos metros.

Su intención era tratar de pasarle para obligarle a detenerse, pero Aduxio, que hasta entonces no se había dado cuenta de la persecución, hizo dar un salto al potente coche y tomó una carretera accesoria sin tránsito, por la que materialmente parecía volar.

El irlandés, con los labios apretados, mantuvo el tren de los otros procurando conservar la misma distancia. No podía disparar para tratar de reventar un neumático, porque iba Elen y el reventón seguramente haría salir de la pista a los raptos.

Pero Aduxio no tenía esa preocupación. Cuando había devorado varias millas a la misma vertiginosa velocidad, empezó a temer sin duda que un agente de tráfico se pusiera por delante, Dio una orden a su acompañante y éste asomó su mano armada por la ventanilla y disparó contra el agente.

—¡Maldita sea! —exclamó éste cuando vio la maniobra—. ¡Si no fuera por Elen los embestía y me los llevaba por delante! ¡Me van a asar!

Inclinó la cabeza ocultándola casi, al tiempo que dejaba a los otros alejarse un poco para que no pudiera precisar en el tiro y comenzó a hacer eses brascas. Oyó varios disparos pero ninguno dio en el blanco.

Sin acortar la marcha cruzaron un pequeño poblado de tranquilos chalets. La situación se hacía insostenible.

O'Reilly

temía que en cualquier momento el coche de Aduxio se precipitara por algún barranco o saltara la barandilla de algún puente, y pensando en Elen se le hacía insoportable la idea.

Decidió exponerse a todo y acabar. Tenía que renunciar a hacer fuego. Trataría de acercarse y si tenía suerte y no le acertaban les obligaría a detenerse empujándoles contra la cuneta.

Pisó al máximo el acelerador y el motor rugió tembloroso. Poco a poco los metros que se separaban del otro coche fueron disminuyendo. La mano armada volvió a aparecer y las balas rebotaron en la carrocería y atravesaron el parabrisas.

Cuando ya estaba casi encima y podía distinguir las facciones de Elen angustiadas y llorosas, y la sonrisa del pistolero que ya había comprendido que el agente no quería hacer uso de su pistola y asomaba la cabeza con tranquilidad por la ventanilla para tratar de hacer blanco, un brusco movimiento agitó el coche, el volante giró loco en sus manos y el característico ruido producido por el escape de un neumático le anonadó.

Se agarró con todas sus fuerzas al mando tratando de hacerse con el vehículo que cabeceaba pisando el freno al mismo tiempo, pero con el impulso de la velocidad se fue contra la cuenta, hundiéndose las ruedas delanteras en la zanja y volcando aparatosamente.

Salió enseguida al exterior temiendo el incendio que no se produjo. De pie en medio de la carretera vio alejarse el «Pontiac» gris que llevaba a Elen Auburn. Apretó los puños con rabia. ¡Algún día saldaría la cuenta que tenía pendiente con Walter Aduxio!

La indecisión duró sólo unos segundos. Tenían que obrar rápidamente. Volvió al coche volcado y se introdujo en él pisando en una de las portezuelas. Estiró la antena y maniobró en el pequeño transmisor de radio. Realizó varias llamadas hasta establecer contacto con la estación del

F. B. I.

—¡Patric

O'Reilly

habla! ¡Avisen inmediatamente a la Policía Metropolitana! ¡Es necesario capturar a un «Pontiac» gris que circula por la carretera 14-B!

¡Que den instrucciones a las patrullas volantes! Y envíen un coche a la misma pista para recogerme. Debo estar a tres o cuatro millas de Greenwich. ¡Mi vehículo ha volcado! ¡Cambio para el conforme! — Hizo girar la clavija colgando el micrófono en su sitio.

—¡Está bien,

O'Reilly!

¡Ya están avisando a la Metropolitana! ¡Captado todo el mensaje!

Movió el dial del receptor buscando la onda de la policía. Sólo habían pasado unos segundos desde que empezó a transmitir su llamada y ya el locutor de la Metropolitana repetía con voz gangosa:

—¡Patrol Car! ¡Patrol Car! ¡Aviso a todos los coches del extrarradio! ¡Trabajo en la carretera 14-B!

¡Detengan a los ocupantes de un «Pontiac» gris, cerrado, que se dirige a la ciudad por Greenwich! ¡Repito...! ¡A Patrol Car! ¡Aviso...! ¡Atención! ¡Detengan a...!

Cerró el aparato sonriendo. Quizá todavía pudieran capturar a Aduxio y rescatar a Elen. La perfecta organización de las patrullas volantes estaba demostrada.

Se sentó ante el coche y calmosamente procedió a limpiar los cristales de sus gafas, gesto en él habitual que indicaba el activo trabajo de su cerebro. Efectivamente, estaba tratando de encontrar una solución al complicado caso del fugitivo Peary.

Transcurrió un rato que se le hizo interminable. Varias veces encendió el receptor tratando de buscar alguna llamada de los coches de la policía, y como esperaba escuchó varios mensajes pero ninguno el que él hubiera deseado.

Por fin vio dirigirse hacia él un coche grande que se detuvo a su lado. Un joven nervioso saltó del mismo corriendo hacia O'Reilly.

—Patric. ¿Qué diablos te ha pasado hombre? ¿Estás herido?

—No, chico. Ha sido sólo un tropezón sin importancia. ¿Tenéis alguna noticia del coche que buscamos?

—No sé nada. Yo salí inmediatamente después de llamar tú. Detrás viene una grúa que recogerá tu trasto. Sube y vámonos.

El irlandés tomó asiento al lado del joven.

—Espera un poco —dijo manipulando en la radio—. Déjame tratar de cazar algo. Si no han pescado ya a mis fugitivos no habrá esperanzas porque... ya han tenido tiempo de llegar a Nueva York...

Después de varios intentos logró sintonizar con claridad. Y a los pocos instantes un coche patrullero dio un mensaje para su oficina de control.

—¡Aquí Patrol Car 34! ¡Patrol Car 34! ¡Llamando a control! ¡Tomen nota de esto! ¡Hemos encontrado el «Pontiac» gris! ¡Está apareado en la Estación de Servicio del cruce con la autopista Ruber!

—¡Esperamos instrucciones! ¡No hay nadie en el interior!

¡Maldita sea! —exclamó

O'Reilly

cerrando con violencia el aparato—. ¡Ya me temía yo que se esfumaran! ¿Cómo se habrán olido que les estaban buscando?

—Seguro que llevarían el receptor del coche sintonizando a esta banda... —comentó el otro agente.

—¡Vamos allá! ¡Deprisa! ¡No sé cuándo van a prohibir la venta de aparatos comerciales con esta frecuencia de transmisión! ¡Cualquier sinvergüenza está tan enterado de los manejos de la policía como el propio inspector jefe!

La desierta carretera empezó a animarse. Cruzaron entre algunos grupos de viviendas al aproximarse a la ciudad. Tuvieron que disminuir un poco la velocidad, pero de todos modos a los pocos minutos llegaban a la Estación de Servicio indicada por la patrulla.

Varios coches de la policía estaban detenidos y un corrillo de gente rodeaba a un par de asustados empleados. El «Pontiac» gris se veía al fondo, debajo de un pequeño tejadillo, con el capote levantado.

—¡Al menos nos enteraremos del truco! —murmuró Patric rabioso cuando se acercaban al grupo.

—¡Hola,

O'Reilly!

—saludó un sargento maduro al verles llegar—. ¿Usted es el que anda tras esos tipos? ¡Pues me parece que se le han escapado...!

—¿Qué dice esta gente? —preguntó el irlandés malhumorado.

—Pregúnteles usted mismo. Parece que sus amigos son hábiles. ¿Qué pasa? ¿Espionaje?

—No sea curioso, Thomas. Veamos. ¿Quién es el propietario de esto?

—Yo, señor —repuso uno de los mecánicos dando un paso hacia él—. ¡Estos hombres parecen creer que yo tengo algo que ver en el asunto! Le aseguro que no conocía a esos tipos. Yo...

—¿Qué le contaron? ¿Por qué les cambió el coche?

—Es corriente señor. Tenían mucha prisa. Por lo visto su «Pontiac» no marchaba bien. Entraron despacio en la estación y me pidieron les repasara el motor alquilándoles de momento otro vehículo. Me dejaron un depósito en metálico, como es habitual. Les presté el coche y se marcharon... Lo extraño es que a este coche no le encuentro nada. Estábamos mirándolo cuando llegó la policía. Lamento lo ocurrido, señor... pero yo no sabía... ¡Creí que obraba bien al ayudarles a facilitar el rápido ingreso en el hospital de aquella mujer enferma...!

—Muy bien... A esta hora Aduxio estará riéndose de nosotros —comentó

O'Reilly

con su compañero. Y luego elevando la voz para que los demás pudieran oírle, añadió—: ¡Thomas! ¡Me parece que pueden marcharse. Esta vez hemos fracasado. Pasen el informe al Departamento!

—¿Se quedan ustedes? —preguntó el sargento.

—Sí. Voy a curiosear un poco por aquí. Enseguida regresaré también.

Los coches de la Patrulla desaparecieron para continuar la vigilancia en los respectivos sectores.

Los dos agentes del F. B. I, se encaminaron hacia el Pontiac, seguidos por los curiosos mecánicos.

—No es necesario que nos acompañen —indicó Patric con gran disgusto por parte de los dos sujetos—. Pueden continuar su trabajo...

—Estábamos mirando el motor... —aventuró uno.

—No se preocupen. Este coche marcha maravillosamente y no necesita sus cuidados.

Lo primero que hicieron fue examinar la radio. Como habían supuesto, la aguja del dial señalaba la frecuencia de la policía. Sin duda no habían tenido tiempo de cambiarlo cuando lo apagaron.

—Esto no puede continuar así —se lamentó

O'Reilly

—. Hay mucha gente que encuentra más interesante las llamadas de las patrullas que los programas de Bob Hope. Es preciso terminar con ello.

Mientras hablaba, estaba examinando el interior del coche. Levantaba las fundas de plástico de los asientos, curioseaba en las bolsas, por el suelo, en todos los sitios.

—Sé que es una tontería... —dijo a su compañero que le miraba —, pero algunas veces... Por ejemplo. Fíjate en este cenicero...

—No veo en él nada interesante. Puntas de cigarrillos y un diminuto envase vacío de algún medicamento. Seguramente soporífero o sedante...

Patric estaba observando la cajita de cartón. Sin duda debía tratarse de un producto medicinal.

—No sé... —leyó el nombre—. «Varmin». No lo he oído nunca. No dice tampoco de qué se trata. Sólo viene la composición y la dosis. Una tableta cada dos horas. Será conveniente enterarse. Tenemos aquí algo de interés... el sello de la farmacia.

Dio la vuelta el papel para que su compañero pudiera leerlo y el otro lo hizo en voz alta.

—Farmacia Atlas Company, en Houston Street...

—Puede tratarse de un medicamento de poca venta y... —insinuó el irlandés esperanzado.

—Demasiada suerte —intervino el joven adivinando—. Pero podemos probar. Si te parece, O'Reilly, iré consigo. No tengo servicio.

—Está bien. Vamos a ver esa farmacia. De todos modos nos coge de camino. Tendremos antes que dar instrucciones a estos hombres. Al dueño le va a ser difícil recuperar su coche... —llamó al propietario que estaba con su empleado espiando desde el surtidor

de gasolina—. ¡Venga acá! ¡Este vehículo es propiedad del Estado. Vendrán a sellarlo y tendrá usted que guardarlo en depósito!

—Pero ¿y mi coche? ¡Vale mucho más que...!

—Ya lo recuperará usted, hombre —cortó el agente—. Cuando vengan a fiscalizar este de la descripción exacta del suyo. En cuanto se encuentre le avisaremos.

Marcharon dejando al mecánico lamentándose de su mala suerte. No pronunciaron casi palabras en el camino hacia Houston Street. Cuando llegaron a la calle la recorrieron despacio buscando el letrero de la farmacia. La encontraron con facilidad. A pesar del nombre pomposo era un pequeño comercio. El dueño estaba al mostrador y sin duda la Compañía la formaba su propia conciencia. No parecía haber más personal que él.

—¿Qué desean los caballeros? —preguntó obsequioso al verlos entrar—. ¿Cigarrillos? ¿Una soda...? Tengo unos batidos de crema que...

—No, gracias —dijo

O'Reilly

cortando aquella erudición con la exhibición de su emblema que surtió el efecto acostumbrado. El hombre se tornó pálido y nervioso.

—¡Oh! ¿Qué ocurre? ¡Yo no sé...! —balbuceó.

—No se asaste. Queremos solamente que nos informe. Vamos a ver... —Mostró el envase de «Varmin»—. ¿Conoce esto?

El hombre lo miró y sonrió ligeramente.

—Claro. Lo tengo a la venta. Pero le han debido embromar. Usted no necesita eso, desde luego. Ya está bastante delgado... —Repentinamente se asustó de su osadía y otra vez volvió a temblar—. ¡Yo no tengo nada que ver con esto... está aprobado por la Sanidad! Ya sé que no es bueno, pero... yo no soy responsable... Sólo lo vendo a quien me lo pide.

—¿Quiere decirnos de una vez de qué se trata? —estalló

O'Reilly

colérico.

—Si, señor. Son unos comprimidos para adelgazar. Lo consumen las mujeres que han perdido la línea. Pero se vende poco. ¿Qué ha pasado? ¡Ya me temía yo que darían algún disgusto...!

—Conteste únicamente a lo que le pregunte. ¿Cuántos tubos de estos vende usted al día?

—¿Al día? Tengo dos o tres clientes nada más. Un tubo dura para cuarenta y ocho horas. Son tres mujeres las que lo compran periódicamente.

—Está bien. ¿Las conoce usted?

—Una es la señora del carnicero de aquí al lado. Come demasiado y luego quiere adelgazar como sea... Las otras dos no sé quiénes son.

—Describámelas —apremió el irlandés—. Usted parece un hombre inteligente.

El cumplido hizo tomar ánimos al hombre. Se tornó más sonriente y amable.

—Verá usted. Una de ellas es una mujer como de cuarenta años. No está gruesa, aunque empieza a... redondearse un poco. No sé quién habrá sido el que ha tenido la desdichada idea de recomendarle el «Varmin». Yo he estado a punto de decirle que... pero el negocio es el negocio. Parece una viuda que trabaje en una oficina o algo así.

—Bien. Vamos con la tercera.

—¡Oh! ¡Ésa es distinta! ¡Es una chica joven y muy bonita! ¡Las mujeres están locas! ¡Ésa sí que no comprendo por qué toma las píldoras! ¡Claro que tiene unas líneas un poco... —Hizo un gesto ampuloso, pero al darse cuenta de que los agentes continuaban mirándole seriamente, tosió un poco azorado y enrojeció—. Ya me entienden...!

—¿Es de este barrio? —preguntó O'Reilly interesado por la descripción.

—No sé. Mi opinión es que debe trabajar en el teatro. Va muy pintada...

—¿Cuándo compró el último tubo?

—Creo que anteayer. Seguramente volverá hoy a buscar otro...

Patric miró a su compañero y comentó:

—Seguramente. ¿Has oído? Si no lo adquiere en otro sitio vendrá hoy. Creo que ha terminado su provisión. ¿Podemos hacer tiempo en su trastienda?

—Bueno. Pasen ahí dentro.

O'Reilly

tomó una revista de un casillero y pasó seguido del otro agente. A

través de un cristal podían ver la tienda y los clientes que entraran en ella.

—Cuando llegue esa joven hágame una señal —rogó al dueño de la farmacia.

Tomaron asiento en unas sillas. El irlandés abrió la revista y empezó a hojearla con calma. Aconsejó al otro:

—Si quieres quedarte, será mejor que trates de distraerte. Es muy posible que la espera sea larga.

Pero esta vez se equivocó. Apenas habían transcurrido unos minutos cuando oyó chirriar la puerta de entrada y una mujer joven, realmente bonita, aunque demasiado provocativa para el gusto puritano del agente, entró con paso decidido en la farmacia.

El dueño se volvió, un poco violento, y les hizo un guiño forzado.

—¡Deme un tubo de «Varmin»! —apremió—. ¡Tengo prisa!

—Con mucho gusto, señorita... —Tomó el billete y manipuló en la registradora entregándola el cambio—. ¡Muchas gracias!

La joven salió contoneándose del local y los dos agentes lo hicieron tras ella.

—¡Adiós, amigo! —se despidió Patric al cruzar velozmente ante el farmacéutico—. ¡Y será mejor que no cuente esto a nadie...!

La morena parecía contradecir ahora su afirmación acerca de la prisa. Caminaba despacio por la acera soleada, mirando descaradamente a los hombres con quien se cruzaba y escuchando las frases admirativas que despertaba a su paso.

—Vamos al coche. Será mejor que la sigamos desde él, no sea que tome un taxi y nos deje plantados —dijo el joven.

O'Reilly

asintió y subieron al vehículo. Pero la persecución fue corta. La muchacha llegó frente a un edificio moderno, el hotel «Lawford», y desapareció en el interior.

Los dos hombres entraron tras ella y se dirigieron a la recepción, al tiempo que la mujer penetraba ya en el ascensor.

Era un hotel elegante y lujoso.

—Necesito una información urgente —dijo

O'Reilly

dándose a conocer. Sin duda se habrá fijado en esa joven que acaba de entrar ahora mismo —el otro asintió con presteza. Efectivamente

lo había hecho. —Bien. ¿Está alojada aquí?

—Sí, señor. Es la señorita Linda Drake. Canta en un teatro de Broadway.

—Dígame el número de su habitación.

—¡Oiga... No habrá ningún escándalo supongo...! Éste es un hotel respetable y...

—Descuide. ¡Venga ese número!

—Habitación 142. Piso tercero. Pero... ¿no será mejor que...?

—Muchas gracias —dijo

O'Reilly

sin dejarle acabar—. Tú quédate aquí y espérame. Regresaré enseguida.

Se encaminó hacia el ascensor y ascendió al piso indicado. Buscó la habitación de la señorita Drake y llamó con los nudillos.

—¿Qué hay? —preguntó una voz grave y armoniosa desde el interior.

—Un telegrama para usted —mintió Patric.

Se abrió la puerta unos centímetros y la joven al ver al alto irlandés, con aspecto de cualquier cosa menos de repartidor de telegramas, trató de cerrar, pero ya el inoportuno había colocado un pie y empujándola suavemente se introdujo en la habitación.

—¿Qué es esto? —chilló la cantante—. ¡Váyase Inmediatamente o llamaré al policía del hotel!

—No se asuste, preciosa. Se trata solamente de una visita de cortesía. Soy un admirador de usted, señorita. Y mis jefes también lo son... —Enseñó el emblema y la mujer se mostró tan sorprendida y asustada que casi sintió pena.

—¿Yo...? ¿Qué quiere de mí...?

—Verá... Es que ha habido un accidente de tráfico. Un coche gris. Un «Pontiac». Parece ser que pertenece a Walter Aduxio, pero a este caballero no hemos podido encontrarle. Queríamos hacerle unas preguntas. Alguien nos ha informado que usted usa mucho ese automóvil. Claro que no queremos suponer que usted tenga nada que ver con Walter, pero... nos gustaría que nos diera algún detalle. ¿Qué puede decirme?

La mujer se repuso de la sorpresa. Los gruesos labios sensuales se habían apretado y respiraba trabajosamente. Sus grandes ojos oscuros se endurecieron y toda ella se aprestó a la defensiva.

¡No sé de qué me está hablando! ¡Si cree que va a asustarme se equivoca! ¡No he oído hablar en mi vida de ese señor...!

El agente sólo pretendía inquietarla y forzarla a ponerse en contacto con el «gángster». Por eso bastaba con lo hecho.

—Tal vez haya sido una equivocación, pero mucho temo que sea necesario citarla en nuestras oficinas para tomar su declaración. ¿Está segura de no conocer el coche que le digo?

—Totalmente. Y le agradeceré que se retire. Mi abogado se verá con ustedes.

O'Reilly

saludó y salió de la habitación, en tanto la señorita Drake le contemplaba con indignación fingida que no bastaba para ocultar su nerviosismo.

El irlandés corrió al ascensor y oprimió impaciente el pulsador. Tuvo que esperar unos segundos hasta que se abrió la puerta y entró en la cabina. Llegó al vestíbulo donde su colega aguardaba pacientemente.

—¡Ven conmigo! —Se dirigió al empleado de la recepción que esperaba receloso—. ¡Rápido! ¿Dónde está la telefonista?

—¿La telefonista? Aquí dentro... Realmente no comprendo...

Patric no hizo caso de sus protestas y pasó detrás del mostrador para penetrar en el pequeño cuartito de la centralilla. En él, una joven pecosa leía una novela sin dejar de mascar chiclet.

—¡Deme esos auriculares! —apremió

O'Reilly

empujándola materialmente de la silla.

La joven se levantó sorprendida obedeciendo sin protestar ante la voz autoritaria del agente. Luego se quedó contemplando a su jefe, interrogante, al tiempo que el intruso escuchaba algo con verdadero interés. Como supuso, Linda Drake se había apresurado a llamar a alguien en cuanto él abandonó la habitación. La voz excitada de la joven narraba en aquel instante:

—«Me dijo que me habían visto en tu coche. ¡Tengo miedo, Walter! ¡Esto se está poniendo feo! ¿Qué hago? Si me llevan al “F. B. I.”

no sé si...».

Una voz masculina repuso tranquila y suavemente:

—No te preocupes, muchacha. No darán conmigo. Ahora

escucha esto. No te muevas de tu habitación. No vuelvas a llamarme ni a ponerte en con —tacto conmigo. Iré a verle enseguida... En cuanto tenga un momento.

—¡No, Walter! ¡Quizá vigilen el hotel! ¡Es peligroso!

—Seguramente lo harán... —El hombre rió—, pero yo sé cuidarme, no te preocupes, nena. ¡Adiós!

Se cortó la comunicación y Patric esperó unos minutos sin que volviera la cantante a solicitar otro número. En vista de ello se levantó y dijo a la telefonista.

—Está bien, jovencita. Puede volver ya a su puesto.

—¡Esto es un abuso! —estalló entonces el encargado—. ¡No tienen autorización para intervenir nuestro teléfono! ¡Daré cuenta de ello! ¡Esto es inaudito!

O'Reilly

no le hacía caso. Estaba harto de individuos como aquel que anteponían el interés egoísta de su negocio particular a la labor de la justicia. Preguntó a la chica pecosa, que le miraba extasiada:

—¿Qué le pasa? ¿Me conoce de algo?

La joven se sonrojó un poco, pero enseguida volvió a entusiasmarse.

—¡Ay! ¡Es usted igualito que Gary Cooper! ¡Si no fuera por las gafas...! —Y suspiró hondamente.

—¡Estupendo! ¡Después de esto ya puedo vivir tranquilo! Entonces dígame, señorita... ¿Qué número le pidió hace un momento la joven del cuarto 142? Ha sido la última llamada...

La telefonista no contestó porque en aquel momento estaba atendiendo a un cliente.

—¿Señor Ruspert? Perfectamente, enseguida... No hay de qué...

—Manipuló en las clavijas y se volvió al agente para responder—.

¡Oh...! ¿El número? Pues me parece que fue Queen 1257... ¡No!

¡Queen 5712...! No lo sé. Creo que no era Queen... Debía ser Bronx... Eso. Bronx 75... ¡Lo siento mucho! —explicó desalentada—. ¡Estaba en lo mejor de la novela y...!

—¡Magnífico! —protestó exasperado—. Supongo que no hará nunca la tontería de anotar las llamadas.

—Pues no... No hay necesidad...

—Muchas gracias, de todos modos. Y siga con su novela. Será una suerte para usted el que nunca ocurra nada en este hotel...

Salieron al vestíbulo. El compañero de O'Reilly parecía abatido.

—He comprendido lo que intentabas. Asustar a la morena para obligarla a llamar a su amigo, suponiendo que éste sea Walter Aduxio... ¡Qué mala suerte que esa idiota no haya recordado el número...!

—Es igual. De todos modos lo sabremos. Ahora tenemos que preparar enseguida la escena, porque quiero enterarme de lo que Walter dice a Linda cuando venga...

—¿Cómo? No te entiendo... ¿Es que va a venir? ¡Pues si eso hace le echamos el guante aquí mismo y asunto terminado!

—No lo creas —repuso Patric sonriendo calmamente—. Walter me interesa de un modo secundario. Si le detenemos, Peary, que es la figura central de este caso, se escabullirá llevándose a Elen. ¿Comprendes? Yo confío en que Aduxio dará alguna indicación cuando hable con su chica sobre la guardia de Peary. Hay que actuar rápidamente, porque el asesino de Thule no esperará mucho. Si no puede convertir en dinero las piedras aquí, marchará a otra parte. Al extranjero posiblemente...

—Pues en ese caso, cuando llegue Walter le seguiremos. Él nos llevará a donde deseamos.

—Quizá sí. Pero es difícil seguir a Walter sin que él se de cuenta. Lo más probable es que se escabulla y nos lleve donde quiera... Insisto en que lo mejor será registrar su diálogo con Linda, aunque de todos modos, mientras nosotros escuchamos, un par de muchachos pueden encargarse de vigilar la salida.

—Eso será lo mejor —opinó el joven.

—Sal enseguida para la oficina y trae un equipo para grabar ese diálogo. Que vengan contigo también un par de hombres y sitúalos del mejor modo. Yo voy a ver qué habitación cercana a la 142 encuentro libre...

Se marchó el otro agente y O'Reilly estuvo hablando un rato con el encargado que no ocultaba su disgusto por la actividad de los federales.

—Cerca de la 142 no hay ninguna libre. La anterior y la posterior están ocupadas.

—¿Y la inferior? ¿Qué me dice usted?

—También. Sólo queda libre la 168 que está situada sobre la de la señorita Drake. No sé si...

—Está bien. Deme esa llave y cuando venga mi compañero que suba enseguida.

Ascendió hasta la planta cuarta. Abrió la puerta de la habitación 168 y penetró en ella. Cerró tras de sí con cuidado y examinó ligeramente la estancia. Con rapidez se dirigió a la ventana y la levantó.

—A la medida —comentó para sí—. Un patio sin testigos molestos.

Sacó la cabeza y miró hacia abajo. La guillotina de la habitación de Linda estaba levantada.

Volvió al teléfono y rogó a la muchacha de la centralilla que le pusiera con el encargado.

—¡Oiga. Como es usted tan amable no he dudado en hacerle una pregunta! Necesito saber si el cuarto de la señorita Drake tiene cortinas en la ventana igual que el mío...

—Sí, señor. Idénticas.

Colgó satisfecho y se sentó para pensar en el asunto, mientras esperaba la llegada de su compañero con el equipo.

—¡Ojalá que Aduxio no adelante su visita! ¡Se echaría todo a perder...! —comentó entre dientes.

A la media hora aproximadamente llegó el agente joven con una maleta de tamaño regular.

—Aquí estoy, han quedado dos chicos abajo. Uno en el vestíbulo y el otro en la calle. Conocen a Walter y no se separaran de él en cuanto le vean. Traigo todos los chismes...

Abrieron la maleta y extrajeron de ella un aparato de cinta magnetofónica y un pequeño micrófono del tamaño de una pelota de golf, muy sensible.

O'Reilly

instaló todo aquello. Empezó por asomarse a la ventana y con mucho cuidado dejó deslizar el micrófono pegado a la fachada, a un costado del marco.

—¿No lo verá esa mujer? —preguntó preocupado su ayudante.

—Si no se asoma, no... Su ventana tiene unas cortinas como éstas y quedará oculto tras ellas. Por otra parte, el patio carece de atractivos. Esperemos que con un poco de suerte...

Una vez que lo tuvo a la altura deseada, lo fijó por el cordón al pestillo de la guillotina. Luego colocó el altavoz y el magnetofón sobre la mesa y conectó la instalación a la red del alumbrado.

—Ya está. Deseemos adora que todo salga bien...

Graduó el aparato que ya registraba sonidos en el piso interior. Se percibían claramente los pasos de la muchacha, ruido de puertas, de cristalería...

Así estuvieron aguardando todo el resto de la mañana.

—Vete a comer muchacho. Cuando vuelvas, tráeme unos bocadillos y una cerveza. Seguramente que el pájaro no vendrá hasta la noche. O tal vez primero... no sé. Linda tendrá que acudir a trabajar pronto.

Fueron varias horas de espera monótonas y aburridas. Por fin, cuando ya desesperaban de obtener algo práctico de todo aquello, oyeron claramente el sonido de ira zumbador.

O'Reilly

se apresuró a poner en marcha el magnetofón y recomendó silencio a su compañero.

—¡Cuidado! Ése debe ser...

Se acercaron al altavoz y escucharon impacientes. Se oyeron los pasos de la muchacha que sin duda caminaba hacia la puerta, y enseguida una exclamación:

—¡Oh, Walter! ¿Cómo te has arriesgado? ¿No te ha visto nadie entrar?

Una risa masculina vibró en el amplificador.

—Claro que no, mujer... ¿Por quién me has tomado? Hay dos tipos abajo que deben aguardar a Papá Noel; ¿sabes? Di la vuelta y entré por las cocinas. He subido andando por la escalera de servicio...

O'Reilly

hizo a su compañero una seña significativa. Aquello confirmaba lo que ya sabían de la habilidad de Aduxio. Volvieron a prestar atención.

—¿Qué hacemos, Walter? Yo estoy asustada. Nunca has tenido nada con el

«F. B. I.».

Será mejor que dejes a ese tipo de los diamantes. Tú no necesitas más dinero...

—Nunca está de más, preciosa. Y éste puede ser el golpe final para retirarnos los dos... Pero vamos al grano: Quiero que me des cuenta detallada de lo que te dijo ese hombre.

La mujer narró entonces casi con exactitud la conversación sostenida con Patric.

—Era un tipo alto y desgarrado, ¿no es así? Debe ser el que nos siguió esta mañana. Viene tras el hombre del Norte desde Thule... Habrá que pensar algo para quitárnoslo de encima. Se pone pesado...

—¡No, Walter! ¡Eso no! ¡Es peligroso! ¡No hagas tonterías...!

—Ya veremos. Tú, por ahora, no te preocupes. Ve a trabajar como siempre y al regreso no salgas del hotel para nada. Tendrás sombra una temporada. Y fíjate bien en lo que voy a decirte: No vuelvas a llamarme ni escribas una sola línea. Y sobre todo no se te ocurra ir por Kalamazoo...

O'Reilly

habló precipitadamente al oído de su compañero.

—¡Baja corriendo! ¡Di a esos hombres que vigilen la salida de servicio! ¡Será mejor tratar de seguirle. De esta conversación no obtendremos mucho. Cualquiera pensaría que este individuo parece saber que estamos escuchando!

El joven se apresuró a cumplir lo ordenado. El diálogo en el cuarto de Linda continuaba:

—Mucho cuidado, Walter... Tengo miedo. ¡No quiero que a última hora...!

—Tranquilízate, pequeña. En peores apuros me he visto. Sé buena chica y si te llaman a declarar ya sabes... ni una palabra. Tendrás a tu lado a Dulles para defenderle. No podrán hacerte nada.

Siguieron unas palabras de despedida y enseguida se oyó el golpe de la puerta al cerrarse.

O'Reilly

cerró el aparato y corrió al pasillo. Saltó los escalones descendiendo con apresuramiento al piso inferior. Temía que Aduxio se esfumara a pesar de todas las prevenciones. Estaba disgustado por no haber conseguido la información deseada de la visita.

La puerta de Linda estaba cerrada y el indicador del ascensor señalaba que no se encontraba funcionando en aquellos momentos.

Se acercó al fondo del pasillo y vio la estrecha escalera del

servicio. Inclínose por el hueco sin ver tampoco rastro del hombre. Descendió con cuidado. No quería que se percatara de que era seguido.

Llegó con resultado nulo hasta las dependencias de la servidumbre. Cruzó ante las miradas extrañadas de los cocineros y salió a un patio que daba a una calle de enlace. Ante la puerta paseaba tranquilamente uno de los agentes del

F. B. I.

—¿Qué hay? ¿Salió Aduxio? —le preguntó Patric con impaciencia.

—No. No ha aparecido por aquí.

—¿Hay alguna otra salida? —preguntó entonces a los curiosos marmitones.

—No señor... Es decir... no puede llamarse salida. Es la trampa del carbón. Está al fondo de ese pasillo, al pie de la escalera. Véala. ¡Caramba! ¡Está abierta...!



CAPÍTULO XII

El salón de conferencias del F. B. I, en Nueva York estaba ocupado por una docena de hombres serios y preocupados. Rodeaban una mesa circular y escuchaban las explicaciones que Patric

O'Reilly

estaba dando de los últimos acontecimientos ocurridos sobre el caso Peary.

—Es cierto lo que dice Patric —arguyó uno de los altos jefes—. Ese Peary no puede resistir mucho esta situación. Después del fracaso al intentar tallar una de las piedras se marchará a oír parte. Quizá a Europa. Ese Walter Aduxio, que ya está interesado en el negocio, puede financiar el viaje. ¡Debemos por tanto actuar rápidamente!

—Eso deseo yo, señores —intervino

O'Reilly

—. Creí que al localizar a la amiga de Walter tendría el asunto acabado y a Peary en mis manos, pero me equivoqué. Ya han oído ustedes la grabación del diálogo. Yo confiaba en que hablaran de su punto de reunión... Algo. Pero ya ven el resultado. Sólo indicó ese nombre. Kalamazoo. Como ustedes saben es una población de Michigan; a muchos miles de millas de aquí. Por lo tanto esa palabra tiene que ser una clave...

—Sea como sea,

O'Reilly,

esto ha de terminarse. Creo que podemos dar por finalizada esta reunión. El sábado nos informará de nuevo.

Salieron todos de la habitación, seguidos del irlandés. En el antedespacho le esperaba Rider, el joven compañero que había conseguido autorización para seguir con él hasta el final.

—Bronca ¿no? —le preguntó.

—Sí. Vamos a tomar unas copas.

Ocuparon asiento en la barra del bar del edificio. Pero el alcohol no consiguió distraer a Patric. Al contrario, empezó a recordar a Elen Auburn, sus últimas palabras en Portland, y ello le llenó de intranquilidad. Ella estaba en peligro en manos de aquella gente... Únicamente consiguió calmarle un poco el hecho que su esposo estaría con Elena, aunque ello también le turbara. Al fin comprendió que se trataba de celos...

—¿Qué demonios significará eso de Kalamazoo? —dijo furioso golpeando el mostrador con su copa.

—¿Kalamazoo? —repitió el «barman» acercándose—. ¿No lo sabe usted? Es una ciudad de Michigan...

—¡Ya salí de la Universidad! —cortó Patric impaciente.

—Lo sé, señor

O'Reilly.

No me ha dejado concluir. Todo el mundo lo sabe... Pero hay otra cosa. Para mucha gente de los bajos fondos, Kalamazoo es una playa de Ossining. No sé por qué la llamarán así. Quizá porque allí hace un frío muy serio...

El irlandés dio un bote en la banqueta.

—¿La playa de Ossining? ¿Quiere decir el páramo aquel de...?

—Sí, señor. Lo usaban mucho los «gangsters» en la época de la ley seca. Allí solían almacenar y descargar su mercancía. Pero aquello pasó y después ha quedado convertido en un lugar muerto y desagradable...

—Muchas gracias por la información, hombre. Toma... el resto para ti. Te lo has ganado bien... —Arrojó unos billetes sobre el mostrador y salió rápidamente del local, seguido de Rider.

—Vamos un rato a la biblioteca. Nos convendrá examinar algunos diarios de aquella época.

Estuvieron largo tiempo los dos releyendo por encima todas las noticias sobre alijos y contrabandos de licores.

—Aquí dice algo de Ossining. Fíjate en esta fotografía.

Era una descripción del sitio. La policía había tenido una refriega con los «gangsters» en un almacén, antigua serrería, capturando al fin un depósito de licores. El informe del incidente era detallado.

—No cabe duda de que el «barman» tenía razón. Habrá que estudiar bien ese sitio. Aquí dice que apenas existían construcciones. Quizá ahora se haya poblado más.

En el monumental plano de la oficina de coordinación estudiaron la zona.

—Esto sigue lo mismo. ¡Luego dicen que es caro el terreno en Nueva York! ¡Éste debe ser el almacén o serrería! Aquí hay unas casas aisladas que deben ocupar los trabajadores de la Alnoywer.

—¿Qué tal si efectuáramos una visita por allí? —dijo Rider.

—Eso mismo estaba pensando.

«Kalamazoo» no parecía un lugar de Michigan, sino de Siberia. Era una playa negra y sucia abierta frente a Long Island Sound. Un viento terrible la azotaba y el aspecto de aquella zona era desolado y triste.

La carretera continuaba hacia el norte, pero ellos abandonaron el coche antes de llegar a la playa. Caminaron andando, cruzándose con algunos trabajadores de la factoría de Alnoywer que se alzaba a lo lejos.

No quisieron aventurarse demasiado, ya que Aduxio conocía a O'Reilly

y era muy posible que Peary también. Entraron en un bar, repleto de obreros que comentaban el último juego de los «Yankees». Desde la puerta podía verse a cierta distancia el edificio de la antigua serrería.

Pidieron unas cervezas y trataron de sonsacar al dueño.

—Siempre que vengo por aquí me extraña que esa vieja serrería continúe cerrada. ¿Cómo es que nadie la ocupa? ¡Todavía está en buen estado...! —comentó

O'Reilly

distraídamente.

—Sí. Debe ser porque este sitio no es bueno. Hace ya muchos años que está cerrada. Usted no habrá oído hablar de ello, pero salió incluso en los periódicos. Sí, señor. Un jaleo de contrabando. Ahora he oído decir que van a hacer algo con ella. El propietario parece que va a instalar un Club o algo así...

—¿Un Club? ¿Cómo lo sabe?

—Hay gente allí. Creo que... ¡Mire, ese coche es de ellos! —señaló un vehículo que en aquel momento pasaba ante el

establecimiento.

Patric corrió a la ventana y lo siguió con la mirada. El automóvil se detuvo ante el edificio que le preocupaba y un hombre descendió. Abrió una puerta enrollable y pasó con el vehículo al interior cerrando tras sí.

Volvió hacia el mostrador donde el dueño del bar continuaba explicando:

—Aquí estuvo el otro día un joven y me contó no se qué de eso del Club. A lo mejor me tomó el pelo...

—Eso creo. Tenga... guárdese el cambio. Vamos, Rider... ¡Hasta la vista, buen hombre...!

Salieron comentando aquella desconcertante conversación.

—Son ellos, sin duda. No hay otro sitio en «Kalamazoo» donde puedan tener su guarida. Ésa serrería debe ser propiedad de Walter. Seguro que la ha seguido utilizando para sus negocios sucios. Es un buen escondite...

—Déjame a mí, Patric. Ellos no me conocen. Voy a acercarme para estar seguros. Si te parece me fingiré un vendedor —propuso Rider.

—Está bien. Tú no tienes todavía olor de policía. Esa gente los huele, te lo aseguro.

Rider, sonriendo, se acercó al almacén adoptando un aire inocente. Llegó hasta una puerta pequeña y llamó con energía. Oyó abrir una ventana sobre él y un hombre se asomó a ella.

—¿Qué pasa? —preguntó agriamente—. ¡Largo de aquí! ¡No necesitamos nada! —rugió.

—Quería ofrecerle... —empezó Rider amablemente. Pero inmediatamente se calló, porque oyó una voz que preguntaba desde el interior:

—¿Qué es? ¿Con quién hablas? ¡Cierra esa ventana ahora mismo!

—Ya voy, Walter. Habían llamado y... —Los postigos fueron golpeados con estrépito, pero antes Rider pudo oír a un hombre gritar furioso desde el interior.

—¡Cállate, idiota!

El joven agente corrió hacia donde el irlandés esperaba y pasó ante él sin hablarle, temiendo ser espiado desde el edificio. Dieron la vuelta al bar ligeramente distanciados y allí se reunieron.

—No hay duda —dijo el joven—. Ahí están nuestros hombres.

Le contó lo que había pasado y Patric convino con él en que al fin habían llegado a camino seguro. Alcanzaron su coche y regresaron rápidamente a Nueva York.

—Reuniré a los jefes otra vez. Quiero que ellos decidan. Éste es un asunto de mucha responsabilidad. ¿Cuánta gente tendrá Aduxio? El y Peary son de cuidado, pero, además, estarán bien protegidos...

Poco después volvían a rodear la mesa de la sala de conferencias, acompañados esta vez de Rider, que tuvo que relatar su intervención.

O'Reilly

tomó la palabra:

—No conocemos los proyectos de esa gente. Por ello hay que darse prisa. Creo que esta misma noche podremos rodear la casa y capturar a todos sus ocupantes. El Pentágono está deseando tener a Peary y lo prefiere vivo. Tiene que dar ciertos detalles sobre el punto donde descubrió el profesor Wander los diamantes. También deberá explicar la muerte del profesor y lo demás... Pero si actuamos con rapidez es de esperar que lo cacemos... ¿No opinan ustedes igual?

—Perfectamente

O'Reilly.

¿Qué gente necesita?

—Con una docena será suficiente para rodear la casa. Llevaremos gases para obligarlos a salir. Estoy seguro que Aduxio y Peary preferirán morir matando, pero no les daremos esa satisfacción. Emplearemos el mortero nuevo y colocaremos las granadas de gases en el interior de la serrería antes de que se dispare un tiro...

—Dispóngalo todo y fije la hora. ¡Y mucha suerte, Patric...! Espero que después de esto le concedan un pequeño descanso. Lo tiene bien merecido.

El irlandés y Rider abandonaron el salón y estudiaron la operación sobre el papel. Todo se previno. Desde la colocación de los hombres al momento preciso de empezar el ataque. Aquello tenía la importancia de una maniobra bélica.

Después de citar a los que debían acompañarles volvieron al bar para hacer tiempo y tomar unos bocadillos. Había elegido

O'Reilly

un momento en que la zona estuviera desierta, es decir: las once de la noche, cuando ya estaría cerrado el bar y nadie circularía por la desagradable «Kalamazoo».

Faltaban aún varias horas. Estaba tomando unas notas y repentinamente algo golpeó en su imaginación haciéndole perder el color. ¡Elena Auburn! ¡Ella estaría seguramente en la serrería!

Soltó el papel y la pluma y se puso en pie sin darse cuenta bien de lo que pensaba. Pudo poner en orden sus ideas y comprendió que la vida de la joven corría un grave riesgo.

¡Peary era un loco asesino! ¿De qué no sería capaz cuando se viera cogido? ¿No se revolvería contra su esposa?

Si no era así quedaba otro peligro. Quizá se organizara una lucha salvaje como las que él conocía perfectamente. Si sus planes sufrían algún entorpecimiento la serrería se convertiría en un volcán, y todos los que se encontraran en ella saldrían seguramente con los pies por delante.

El corazón empezó a latirle con violencia y entonces comprendió que Elen lo significaba todo para él. Que no podía resignarse a perderla.

Dejó a su amigo y subió de cuatro en cuatro las escaleras en busca de su jefe. Tuvo la suerte de encontrarle aún en su despacho y le abordó sin preámbulos:

—Señor Carlyle; tengo que decirle algo. ¡No podemos llevar a la práctica el golpe que hemos proyectado!

—¿No? ¿Qué ocurre? —preguntó intrigado el superior.

—¡No hemos pensado en la chica, jefe! ¡En Elen Auburn! ¡Ella está en poder de esa gentuza! ¡Puede ser herida en la lucha o quizá su propio marido la asesine, cuando se vea perdido! ¡Es un loco!

—¿Qué sugiere usted, entonces?

—Iré yo sólo a buscarla... —dijo

O'Reilly

con sencillez—. Trataré de entrar y sacarla de allí. Luego rodearemos la casa. Los chicos estarán esperando para cubrir mi retirada. De todos modos no podrá salir nadie...

—¡Usted es el que está loco, Patric! —dijo Carlyle—. Ya no es ningún niño romántico, creo yo... Es muy lamentable lo de esa mujer, pero... no podemos arriesgar la vida de un agente como

usted por salvarla. Además, no es solamente su persona la que se pone en peligro en ese intento descabellado... No... Esperemos que todo marche bien y no haya casi resistencia.

—¡Pero, Carlyle! —suplicó

O'Reilly.

—Lo siento mucho. Hágalo todo como hemos quedado. Ya me dirá qué pasó. Esperaré su regreso.

Patric, desalentado, salió del despacho y descendió al bar.

—¿Dónde has ido? —preguntó Rider—. ¡Estás muy nervioso!

—¿Sí? —Trató de disimular—. Quizá me convenga tomar un poco el aire... ¿Sabes lo que voy a hacer? Aún queda bastante para que vayamos a «Kalamazoo». Daré una vuelta por ahí... y regresaré a punto, no te preocupes.

Salió con paso decidido. Hasta las once de aquella noche no tenía servicio. No atentaba pues contra la disciplina férrea del F. B. I, cuando, apremiando constantemente al taxista, se dirigía impaciente rumbo a «Kalamazoo».

CAPÍTULO XIII

Era ya noche cerrada cuando
O'Reilly

avanzaba velozmente camino de la playa de Ossining. Por primera vez estaba obrando, no a impulsos de la razón fría y serena, sino de la pasión. Se repetía a sí mismo que era una locura lo que intentaba, pero el recuerdo de Elen le había alterado de tal modo que no le importaba cometerla.

—¡Menudo Quijote estás hecho! ¡Hace poco tiempo te habrías reído de cualquiera que se condujera con tan poco seso! —murmuró en voz baja.

Tuvo que darse a conocer a un policía de tráfico que detuvo el taxi por exceso de velocidad. Así pudo insistir al conductor para que pisara a fondo, aunque éste, quizá temeroso de accidentar el coche en aquella carrera, desoyera en parte los ruegos del agente.

El irlandés se lamentó de no haber utilizado el suyo. No había querido hacerlo por no descubrir aquella descabellada escapada al llenar la hoja de servicio y casi le pesaba, pues de haber tenido su pequeño coche hubiera volado hacia «Kalamazoo».

—¡Pero, hombre! ¿No puede usted ir más aprisa? ¡Es un asunto urgente...!

Al fin dejó atrás con alivio los últimos arrabales de la ciudad y se abrió ante sus ojos el solitario paraje de Ossining.

—Oiga... ¿sabe qué le digo? —murmuró el taxista con mirada temerosa—. ¡Esto no me gusta nada, amigo...! ¿Por qué no nos vamos a otra parte?

—¡No sería más agradable que ésta habiendo delincuentes, buen hombre...! —sonrió el irlandés.

Se detuvieron frente al edificio del bar que ya casi no tenía

clientes. Su dueño estaba colocando unos tableros ante las lunas, incitando al público para que le dejara en paz de una vez.

Aleccionó al taxista para que aguardara con las luces apagadas detrás de la casa. Luego dio un rodeo y se acercó a la serrería saltando por entre latas yacías, pedruscos y raquílicas vegetaciones.

El antiestético almacén de dos plantas estaba totalmente oscuro. Nadie hubiera dicho que lo ocupaban seres humanos.

Patric inclinó su alta figura, y al amparo de la noche sin luna se aproximó hasta la fachada posterior. La recorrió casi a tientas, buscando algún punto débil por donde atacar. No se oía el menor ruido.

—¿Se habrán marchado repentinamente? Quizá les alarmara la presencia de Rider o tal vez Walter me vio en el bar... —pensó preocupado.

Pero al dar vuelta a una esquina comprendió que no era así. Había una amplia ventana cuidadosamente protegida con grandes tablones clavados. Algún vagabundo o los chicos de los alrededores habían arrancado varias tablas que aparecían renovadas, sin duda recientemente. Detrás debían haber colocado cortinas o alguna otra defensa, pues cuando atisbo entre dos maderas descubrió, muy velada, una tenue *luz*. También le pareció oír algún sonido de voces, aunque no estaba seguro de ello. Sus sentidos tensos y sobreexcitados podían engañarle.

Por allí no era posible intentar nada. Siguió caminando y tropezó con algo que le hizo lanzar una exclamación de gozo. El cable oxidado y medio desclavado de un pararrayos. Se sujetó a él e hizo tuerza. Parecía estar bien firme.

El irlandés sonrió. Procurando no producir ruido alguno trepó por la fachada asiéndose al cable y apoyando los pies en las clavijas de sujeción. Aquello fue tarea fácil para el ágil Patric O'Reilly.

—¡Alguna vez tenía que serme de utilidad la falla de grasas! —dijo risueño.

Enseguida se encontró sobre una cubierta de fibrocemento en bastante buen estado. La nave no tenía patio alguno como creyera en principio, pero sí una gran claraboya de cristales para dar luz cenital a lo que debía ser dependencia principal de la serrería.

Fue fácil levantar un paño practicable. Examinó el solitario local

de cerca de cinco metros de altura, primero sin conseguir ver nada y luego aventurándose a emplear la linterna.

Recorrió con su haz luminoso el recinto. No parecía ser usado. Había unos envases vacíos en un rincón y el suelo estaba cubierto de paja y basura.

—¡No puedo saltar! —se lamentó—. ¡Demasiada altura!

El tiempo apremiaba. Tenía que decidirse. Sin embargo, la solución era fácil y la encontró enseguida. La nave no tenía cielo raso. La techumbre se mantenía sobre una armadura de madera al aire apoyada en grandes pilares de hierro, como es corriente en esta clase de edificaciones.

Fue tarea simple colgarse de la claraboya y balanceándose hacer pie en una de las vigas. Lo demás, saltar de travesaño en travesaño hasta llegar a la columna, también sencillo. Se abraza al grueso cilindro de hierro y se dejó deslizar.

Pese a todas sus precauciones produjo algún ruido, pero no fue apercibido por los ocupantes de la casa. Volvió a examinar el recinto con la linterna y enseguida vio una escalera que subía hasta tres metros de un muro en el que se abría una puerta. En el otro extremo había un gran automóvil negro y detrás de él, la persiana enrollable de entrada.

—No estará de más sabotear el vehículo... —se dijo.

Se acercó a él y con cuidado levantó el capot soltando el cable del encendido y quitando una bujía que arrojó sobre un montón de paja. Luego atravesó el local y comenzó a subir despacio la escalera con su pistola en la diestra y dispuesto a repeler cualquier ataque por sorpresa.

Se apoyó en la puerta, escuchando. Ahora se oían voces apagadas. Palpó la madera y encontró un tirador improvisado con un trozo de cuerda. Tiró suavemente de él y la hoja cedió.

La sangre le golpeaba furiosamente en las sienes cuando se decidió a tranquear la entrada. Se encontraba ante un pasillo sombrío que torcía a derecha e izquierda en forma de U. Casi frente a él había una puerta entreabierta de la que brotaba un resplandor vivo. Arriesgándose a todo miro a naves de la abertura.

Un grupo de individuos en camisa jugaba a los naipes alrededor de una mesa. El aire allí era casi irrespirable por el humo de los cigarros y el olor del alcohol.

—¡Me aburro de jugar día y noche! —exclamó uno de los «gangsters»—. ¡Según mis notas me debes ya dos millones y pico, Jiky! ¡A ver cuándo me pagas...! —Y lanzó una gran risotada.

—¡Tiene razón éste! ¡No sé por qué nos tiene Walter aquí metidos! ¡No será para vigilar a la chica esa supongo...! ¿Os habéis lijado cómo la mira el jefe? ¡No me extrañaría nada que al final hubiera lío con el tío ese de los pedruscos...!

—¡Claro que sí...! ¡Como que la chica ésa está hecha un bombón! ¡Si no fuera porque...! —Bajó la voz y

O'Reilly

no pudo oír el final de sus palabras, pero sí las groseras carcajadas que corearon las frases.

No quiso escuchar más. Tenía deseos de entrar y disparar contra aquella banda de rufianes. Pero aquel arrebató suyo lo hubiera echado todo a rodar. Era mejor contenerse.

Estuvo unos momentos dudando sobre qué dirección seguir y por fin se decidió por la derecha. Dio la vuelta al pasillo, siempre andando con las máximas precauciones, y se encontró en un pequeño cuarto en el que se abrían tres puertas.

Se acercó a la primera. No estaba cerrada. Dentro había unos cuantos colchones tirados en el suelo. Debía ser el dormitorio de los hombres de Walter. La otra habitación tenía solamente dos colchonetas y algunos detalles prácticos o coquetones que no conseguían darle confortabilidad.

—¡Mal alojamiento para el refinado Aduxio y el duro Peary! —se dijo.

Cuando oprimía la tercera puerta comprobando que estaba cerrada oyó un ruido de pasos por el pasillo.

Rápidamente tomó partido. Saltó dentro del cuarto de Aduxio y se pegó tras la puerta empuñando su pistola por el cañón para usarla a guisa de maza. Pero el desconocido entró en la otra habitación, estuvo revolviendo algo y salió enseguida alejándose de nuevo.

Respiró aliviado y volvió a la puerta última. Tenía un pecado cerrojo de forja. Sin duda era la prisión de Elen.

—¡Elen! —llamó suavemente—. ¡Elen...!

Se oyó el correr de una silla y unos pasos precipitados se acercaron, pero nadie respondió. Sin embargo, Patric parecía

presentir que la joven aguardaba al otro lado de la puerta. Sentía su respiración entrecortada.

Probó a correr el cerrojo. Estaba oxidado y al primer intento produjo un ligero chirrido. Se detuvo y encomendándose a todos los santos volvió a tirar. Nuevo sonido alarmante que a

O'Reilly

le pareció un trueno.

Oprimiendo la barra hizo otra prueba con más suerte. Cedió la madera y se encontró frente a Elen Auburn que le contemplaba admirada y confusa.

—¡No diga nada! —susurró el agente al tiempo que cerraba tras sí.

—¡Oh, Patric...! —exclamó ella con un hilo de voz y al irlandés le pareció que su nombre sonaba de un modo distinto—. ¿Cómo ha entrado aquí? ¡Dios mío! ¡Le matará esa gente!

O'Reilly

no supo nunca cómo sucedió. Cuando se dio cuenta tenía ya a la muchacha temblando entre sus brazos. Y pensó que no le importaban los riesgos que le esperaban, pues aquel momento era el más maravilloso de su vida.

—¡No digas nada, Elen! ¡Intentaremos salir de aquí! ¡Dentro de muy poco el F. B. I, atacará la casa y nadie podrá escapar! He venido a salvarte... ¿Sabes dónde está la salida secundaria? Hay una puerta pequeña en un costado. ¿Será ésa?

—No lo sé. A mí me trajeron por la grande. Entré con el coche. ¡Oh, Patric! ¡No podremos huir...!

O'Reilly

había salvado muchas veces su vida porque un sentido especial le advertía de los peligros. Algo de eso fue lo que le avisó de que alguien se acercaba, aun cuando no había percibido ruido alguno. Soltó rápidamente a Elen y se apretó contra la pared de la puerta. Un segundo más tarde y le habría visto el hombre que llegaba.

—¿Quién diablos ha abierto esta puerta? —exclamó antes de entrar—. ¡Cómo se entere Walter de esto...! —Se quedó en el marco mirando al interior receloso—. ¿Está usted sola? —preguntó—. ¡Supongo que no habrá venido ninguno de esos cerdos a molestarla...!

Elen le miró aterrada y no pudo reprimir el dirigir hacia Patric

sus ojos. El hombre captó el gesto e intentó volverse hacia donde estaba

O'Reilly.

—¿Qué...? —exclamó sorprendido al verle.

Pero el agente no le dio tiempo de continuar. Antes de que pudiera esgrimir su pistola ni dar la alarma alargó el brazo que sujetaba la pesada Luger y golpeó con fuerza al recién llegado.

Éste resopló fuertemente y cayó al suelo sin pronunciar palabra.

O'Reilly

se inclinó sobre él y tomándole por debajo de los brazos le metió en la habitación.

—¡No te asustes, Elen! ¡Vámonos enseguida! ¡Habrà que intentar salir por la nave grande! ¡Con un poco de suerte lo conseguiremos! Éste tiene para un rato... —dijo señalando al caído.

Salieron al pasillo. La muchacha parecía haberse recobrado y el agente admiró su valor. Cogió una de las manos femeninas oprimiéndola significativamente y ella le sonrió.

Ya oían perfectamente el diálogo de los hombres que jugaban. Si a alguno se le ocurría salir al pasillo o recelaban de la ausencia de su compañero estaban perdidos.

Llegaron a la altura de la puerta y el irlandés indicó a la joven que saliera a la escalera. Iba a hacerlo él también cuando el primer escalón pisado por Elen crujió estrepitosamente.

Se hizo un silencio dentro de la habitación. El agente se quedó inmóvil temiendo lo peor y se dispuso a disparar para cubrir la salida de la señora Peary. Alguien movió una silla y se acercó a la puerta. Se abrió un poco más la hoja y gritaron desde el interior.

—¡Dumbly, pelmazo! ¡Deja de hacer el fantasma por ahí y ven a jugar una partida!

Fuertes risas acogieron estas palabras y de nuevo se reanudaron los diálogos dentro del cuarto. Patric no esperó más. Salió rápidamente a la escalera y volvió a cerrar la puerta respirando satisfecho. No había duda de que aquel día la Providencia estaba con él.

Elen permanecía al pie de la escalera y le esperó. Encendiendo a intervalos la linterna la llevó hasta la puerta principal y entre los dos subieron la persiana solamente un palmo.

—¡Tenemos que salir arrastrándonos, Elen! ¡Si la levantamos

más nos exponemos a alborotar!

Lo hicieron así recibiendo con agrado el aire frío y húmedo del mar que azotó sus rostros.

Se pudieron en pie.

O'Reilly

miró un momento a su alrededor. Ahora lamentaba haber dejado tan lejos el taxi. El hombre que yacía en el cuarto de Elen podía recobrar el sentido de un momento a otro y organizar la persecución antes de que tuvieran tiempo de llegar al vehículo. Pero no había otra solución. Deberían arriesgarse.

—¡Vamos a la carretera! ¡Podremos correr mejor por ella! —dijo sin dejar de observar la serrería temiendo ver aparecer los hombres de Walter.

En el momento de pisar el asfalto el agente lanzó un grito de alegría.

—¡Aprisa. Elen! ¡Todo ha salido bien! ¡Tengo un taxi esperando no muy lejos de aquí...!

Afortunadamente llegaron al vehículo sin novedad.

—¡Arranque pronto! —apremió Patric dirigiéndose al chofer al tiempo croe empujaba a la muchacha hacia el interior—. ¡Hay buena propina!

El coche empezó a rodar y el irlandés respiró al fin tranquilo. Había estado temiendo por Elen desde que la halló en la habitación de la serrería. Ahora la contempló a su lado y sonrió satisfecho. ¡Ya podía Carlyle enviar contra aquella gente toda la fuerza del F. B. I...!

Estaba tan entusiasmado mirando a la joven que tardó en darse cuenta de que el vehículo se había detenido. Se encontraban a poca distancia aún de la serrería y observó que no marchaban por la ruta de Nueva York, sino que se alejaban en dirección al mar.

Saltó impaciente en su asiento y le gritó al conductor.

—¡Oiga, amigo! ¿Qué broma es ésta? ¡Le dije antes que volveríamos a la ciudad! ¿Qué hacemos parados aquí y fuera del camino debido?

El hombre del volante se quitó la gorra volviéndose lentamente.

O'Reilly

miró sorprendido aquel rostro sonriente al tiempo que Elen Auburn se aterraba a su brazo clavándole las uñas nerviosamente. La

muchacha gritó:

—¡Bruce! ¡Dios mío...! ¿Qué haces tú aquí? ¡Oh... esto es horrible! ¿Qué ha sido de William?

El agente del F. B. I, dirigió con rapidez la mano hacia su pistola. Ahora quedaba aclarado por qué aquel rostro no correspondía al taxista que le había llevado aquella noche a «Kalamazoo» y sin embargo, le era familiar. Comprendió repentinamente el verdadero secreto del tenebroso asunto de Thule. No era William Peary; el esposo de Elen, el hombre al que había creído perseguir hacía varias semanas, sino Joseph Bruce, el simpático, el querido, él amable y cariñoso Joseph Bruce. ¡Él había sido quien asesinó al profesor Wander y después, seguramente, a Peary! ¡Ahora se explicaba por qué no era la voz de su marido la que escuchó Elen por teléfono aquella noche en Portland!

Todos éstos, pensamientos desfilaron fugazmente por su cerebro en unas fracciones de segundo. Antes de que tuviera tiempo de esgrimir sus armas, Bruce le decía sarcástico, colocando a pocos centímetros de su pecho el cañón de una pistola:

—¡Deje tranquilas las manos,

O'Reilly!

Conozco sus habilidades. Aun me duelen los golpes que me propinó en Portland... ¡Hay que reconocer que es usted un tío constante!

—Conque... ¿usted es mi hombre? —preguntó el agente aparentando tranquilidad—. No sé si alegrarme. Por Elen prefiero que su marido sea inocente...

La joven no había vuelto a pronunciar palabra. Una sombra se acercó en aquel momento rápidamente al coche y Walter Aduxio en persona abrió la portezuela posterior y entró en el departamento sentándose en un transportín, completamente pegado al irlandés.

—Bonita sorpresa, ¿eh? —dijo riendo—. Ese infeliz de Peary reposando tranquilamente bajo cinco palmos de nieve mientras la policía de todo el país le busca afanosamente por asesino... ¡Me gustó este asunto nada más que por eso! —concluyó el *gángster* satisfecho.

O'Reilly

pretendió distraerlos con la esperanza de que llegaran sus hombres de un momento a otro. Por ello intentó hacer hablar a Bruce a quien la victoria había puesto de muy buen humor.

—¡Ha sido usted listo, Bruce... lo reconozco! ¡Ha engañado a todo el mundo, incluso a mí...!

—Eso es sencillo cuando se tiene una cara tan angelical como la mía... —rió el asesino sin dejar de encañonar al agente—. El primero fue aquel idiota de Peary. Desde que me quitó a Elen juró que me las pagaría. Continué haciéndome el buen chico, pero conseguí amargarle y llenarle de prevenciones respecto a la fortuna de su mujer... ¡Sí, querida Elen... Yo luí quien deshizo vuestro matrimonio, aunque no me enorgullezco por ello. El infeliz de tu marido era terreno fácil...! Le animé a ir a Thule y él lo hizo en plan de abandonar el mundo... Estaba amargado... —Volvió a reír desagradablemente—. Yo sólo quería buscar allí una oportunidad para eliminarle y volver a ti...

—¡Canalla! —murmuró sordamente la joven—. ¡No sé cómo...!

—¡Sí, claro! Ya es tarde. Pero entonces te hubiera convencido, estoy seguro. De pronto surgió el gran descubrimiento de Wander, cuando estábamos en aquel servicio. Las piedras aparecieron casi a flor de tierra, debajo de unas rocas apenas cubiertas por la nieve... El profesor era un genio. Enseguida comprendió la riqueza que tenía en sus manos... Empezó a levantar un plano ayudado por nosotros. Apenas terminado llegó el momento de actuar. Convencí a Peary, que se resistía, poniéndole delante de las narices la posibilidad de volver rico junto a su adorada mujercita...

La muchacha había empezado a sollozar, pero al ver la sonrisa velada de Bruce que indudablemente estaba gozando en hacerla sufrir, levantó la cabeza con decisión.

O'Reilly

admiró de nuevo el temple de Elen, Consultó con habilidad su reloj. Aún faltaba más de un cuarto de hora para que llegara la gente del F. B. I.

Empezaba a ser difícil entretener a aquellos dos hombres durante más de quince minutos...

Como adivinando sus pensamientos Walter intervino:

—¡Apresúrate, Bruce! Detrás de este vendrán los otros. No debemos continuar aquí. ¡Que se las entiendan con esa banda de haraganes de dentro! ¡Para nosotros ya van siendo un problema...!

—Sí —contestó el otro—. Cuanto menos seamos mejor. Cuídate de éstos... Nos alejaremos un poco más.

Puso el coche en marcha que rodó lentamente en dirección a la solitaria playa. Sin volver la cabeza continuó explicando:

—Pues como les decía, le convencí enseguida... Destrozamos al aparato de radio. El cabo que nos acompañaba había desaparecido. Debíó perderse en una avanzadilla y no le volvimos a ver. Una suerte... El piloto murió en una explosión de su aparato cuando Wander le envió a buscar socorros. Desde luego, aquella expedición tenía mala suerte... Fuimos Peary y yo a buscar el mayor número posible de diamantes y cuando volvimos encontramos al profesor que estaba hablando por radio. ¡No sé cómo pudo recomponerla...! Ya le habíamos informado de nuestros propósitos de quedarnos con las piedras... Era un imbécil idealista y se llevó el gran disgusto. Cuando le encontré llamando a Thule le disparé en la nuca... Muerte rápida. Pero Peary se puso como una fiera... ¡Tenía poca correa...!

Repugnaba oírle hablar en aquellos términos. Patric miró a Elen, que le sonrió valiente ante el gesto irónico de Aduxio.

—Y eso es casi todo... —continuó Bruce—. Emprendimos una marcha penosa hacia la isla Disko.

Yo había estudiado bien el terreno e íbamos bien aprovisionados. Cuando ya casi estábamos a la vista del poblado esquimal pensé que Peary era demasiado sentimental para afrontar la dura lucha de la vida. Yo le apreciaba, después de todo... por eso le hice un favor al quitarle de en medio. ¡Eso sí! —Lanzó una gran risotada—. ¡No le faltó una cruz sobre el hielo! ¡Ni al profesor tampoco...! Es un detalle, ¿no les parece?

Detuvo el coche. La carretera se cortaba ante tinos montes, ¡sin duda fue construida para el aprovechamiento de la playa, pero ahora no conducía a ninguna parís!

Walter miró por la ventanilla con rapidez.

—Creo que es un buen sitio, Bruce. Será mejor que terminemos cuanto antes. Me pone inquieto pensar que el F. B. I, pueda llegar pronto a la serrería.

—No te preocupes. Ya estamos lejos.

O'Reilly

ha creído que nos entretenía y hemos sido nosotros los que jugamos con él... —dijo el antiguo teniente de las Fuerzas Aéreas.

—¡Está usted loco, Bruce! ¡No podrá escapar de la justicia!

¡Volverá a matar más veces y usted mismo se delatará! ¡La primera víctima será usted, Aduxio...! ¡Si cree que va a participar en los diamantes se equivoca!

—Bien tramado, muchacho... —intervino Bruce—. Pero no hay esperanzas ha debido comprenderlo hace tiempo y saber perder. ¿Por qué no se declaró vencido cuando me escabullí en Indian Harbour? Estuve a punió de acribillarle a través de la puerta, pero preferí marcharme para no armar más jaleo. Llegué a Portland después que usted. Quería ver a Elen y llevármela, si era preciso, a la fuerza. Ya tenía aquél cascaron para hacer el viaje, pero usted insistió otra vez entrometiéndose en mis asuntos. Después me estropeó lo de la talla del diamante. Seguramente habrá pensado cómo se ha metido Walter en esto. Yo le conozco hace muchos años ¿verdad?

—Claro que sí —contestó el *gángster*—. Cuando vino a Nueva York, enseguida buscó a su viejo amigo Aduxio. Me enseñó las piedras y decidimos asociarnos. Confiábamos en poder deshacernos de ellas, pero no estábamos suficientemente documentados. Ahora marcharemos a Méjico solos. Allí podremos tallarlas tranquilamente y convertirlas en dólares. ¡Siento mucho que usted no vea el final!

—¿Por qué hizo venir a Elen? —preguntó
O'Reilly
mirando a la joven.

—Me di cuenta del peligro que suponía para mí, que ella continuara en Portland. Me venía muy bien que la policía me diera por muerto y buscara a Peary. Pero si Elen recordaba mi voz de repente y se daba cuenta de que era yo el que la había llamado mi impunidad desaparecía. Le puse un telegrama firmado con el nombre de su marido. Fue conmovedor. No dudó un instante en acudir. Walter se ocupó de recibirla y luego vigilarla. Pensaba llevarla a Méjico conmigo. ¡Pero la idiota no merece ese honor! ¡Se ha enamorado de usted,
O'Reilly!

¡Y usted de ella, claro...! Lo comprendí cuando le vi trepar por el cable del pararrayos en busca de su dama. Yo llegaba con Walter en aquel momento. Decidí no dar la alarma y esperar a que saliera de nuevo. Elemental. Dejamos nuestro coche y ocupamos éste, quitando de en medio al taxista con un buen golpe. Aquí lo tengo a

mis pies. Y esperé mientras Walter paseaba por ahí. Como supuse, usted salió con la chica...

—¡Esos imbéciles! ¡Vaya una confianza que puede tener uno...!
—refunfuñó Aduxio—. Le aposté a Bruce a que lo despachaban, pero me equivoqué. ¡Ojalá les agujereen la piel a todos...!

Las confidencias se habían terminado y el momento final se acercaba.

O'Reilly

oprimió la mano femenina y se movió inquieto en el asiento.

—¡Quieto, joven! —advirtió Walter—. ¡Al menor movimiento disparo!

—Será mejor que descendamos —dijo Bruce abriendo su puerta y saltando al exterior.

Había vuelto a esgrimir su enorme pistola y miraba a los prisioneros. Walter retrocedió sin dejar de encañonarlos, para salir también. Lo pensó mejor y alargando la mano la introdujo bajo la americana del agente, arrebatándole su arma.

—Mejor así. Ahora salgan...

Se separaron los dos hombres, esperando. El irlandés descendió del vehículo seguido de la muchacha. Era el clásico paseo y pocas posibilidades tenían de salvarse ante dos hombres de la peligrosidad de aquéllos. Sin embargo, aun cuando aparentaba estar resignado a su suerte, todos sus sentidos se mantenían alerta, esperando cualquier oportunidad por pequeña que fuera.

—Vayan delante de nosotros —dijo Bruce—. Vamos a dar un corto paseo por la playa. Tenemos que alejarnos de aquí enseguida.

Se colocaron detrás de la pareja. Patric tomó por el brazo a Elen, que no estaba asustada, aun cuando sabía lo que les esperaba.

—¡Patric! ¡Es por mí por lo que ocurre esto! ¿Por qué has cometido esta locura?

El puso sus dedos sobre los labios femeninos y sonrió.

—¡No tengas miedo, Elen!

En aquel instante rompió el silencio de la noche apenas turbado por el sordo rumor del mar el sonido estridente y duro del claxon del taxi que estaba solo unos metros detrás de ellos. Patric no comprendió lo que pasaba, pero oyó una interjección de Bruce:

—¡Maldita sea! ¡Qué demonios...!

Por la voz adivinó que se había vuelto hacía el vehículo. Tenía,

pues, solamente a Walter a su espalda y quizá éste también mirara al taxi. Contrajo sus músculos y empujó con todas las energías a la joven, lanzándola lejos de sí, contra la arena. Instantáneamente se volvió saltando de costado.

En una milésima de segundo pudo ver como el taxista, que había recobrado el conocimiento, se apoyaba semiinconsciente aún en el volante, haciendo sonar el claxon involuntariamente en su deseo de sujetarse para ponerse en pie. Bruce y Walter se habían vuelto a mirarlo y al darse cuenta de la maniobra de

O'Reilly

dispararon aceleradamente.

El agente del F. B. I, estaba en el aire cuando sintió un golpe en el pecho. Se había lanzado contra Aduxio que estaba más cerca y cayó sobre él rodando los dos por el suelo.

El *gángster* se debatió tratando de golpearle, mientras

O'Reilly

sujetaba el brazo armado para que no pudiera hacer nuevamente uso de la pistola.

—¡Apártate, Walter! —gritó Bruce—. ¡Apártate que disparo! ¿No me oyes?

Pero el aludido no podía zafarse del abrazo de Patric. Rodaban sobre la arena. Al fin Bruce perdió la serenidad y disparó sobre los dos hombres. El agente sintió otro impacto en una pierna. Inmediatamente la resistencia de Aduxio cesó y una bocanada de sangre brotó de sus labios. Había recibido en la espalda un balazo del loco asesino.

—¡Idiota! —rugió Bruce con los ojos desorbitados y la boca crispada en un rictus violento—. ¡Ya te dije que te separaras! ¡Ahora te toca a ti,

O'Reilly!

De todos modos este infeliz también estaba sentenciado.

Había puesto un pie sobre la caída pistola de Aduxio, que el muerto soltara al sentirse herido. Patric, estaba perdiendo el conocimiento por momentos. Sentía como, la sangre le descendía por el pecho y no podía hacer obedecer la pierna derecha. Una niebla empezaba a velarle los ojos. Miró la pistola de Walter, muy cerca de él, oprimida por el pie de Bruce.

El asesino rió al darse cuenta.

—¡Ahí la tienes! ¡Cógela! ¡Aun puedes escapar con vida! ¿Dónde está la famosa habilidad del F. B. I.?

Levantó lentamente el arma apuntando a la cabeza del irlandés. Éste tendió una mano crispada hacia la pistola, que sólo estaba a unos centímetros. Hizo un esfuerzo sobrehumano para mantener abiertos los ojos. Oyó la risa despiadada de su enemigo...

Los dedos se cerraron sobre la arena. Y repentinamente alzó el brazo con fuerza lanzando un puñado a la cara de Bruce.

Juró este furioso y se llevó las manos a los ojos, retrocediendo unos pasos al tiempo que disparaba locamente.

O'Reilly

empuñó el arma liberada y sin incorporarse, desde el suelo, hizo fuego una vez y otra, y otra...

Después se sumergió en una total obscuridad, cuando ya Elen corría hacia él con el espanto reflejado en sus pupilas.

* * *

Un sonido metálico, persistente, fue lo primero que percibieron sus sentidos al volver a darse cuenta de las cosas. Enseguida lo identificó: eran las sirenas de los coches del

F. B. I.

Repentinamente, de la nada de la inconsciencia saltó a un tremendo guirigay enloquecedor.

Abrió los ojos y vio junto a él el rostro de Elen que le miraba amorosamente.

—Patric, querido... —musitó la joven al sentir sobre ella su mirada.

Enseguida les rodeó un grupo de gente que hablaba a gritos. Varios coches se detuvieron cerca de ellos. Un hombre se abrió paso inclinándose sobre el herido.

—¿Qué es esto, Patric? ¿Dónde le han dado? —preguntó el jefe de Sección—. ¡Es usted un cabezota! En cuanto me dijeron que no se había presentado me figuré que siguió adelante con su plan descabellado... ¡Menos mal que todo salió bien! Hemos copado a todos los de la serrería. Su taxista nos avisó de lo que había sucedido aquí...

—¿Y Bruce? —preguntó el agente—. ¿Dónde...?

—No te preocupes, muchacho. Ahí tienes su cadáver. Ahora lo están recogiendo. Le acertaste bien... ¡Doctor! ¡Vea a este hombre...!

Un nuevo personaje entró en el círculo. Estuvo examinando al herido.

—¡Dos tiros de suerte! ¡Dentro de poco, como nuevo! Esta señorita, en cambio, necesita cuidados. Está al borde de una crisis nerviosa.

—¡Nada de eso! ¡No me separaré de él!

—Déjelos, doctor. Llévelos juntos... —dijo Carlyle—. Me parece que va a ser difícil que este solterón se libere esta vez.

El agente sonrió dichoso a la muchacha. Y seguía haciéndolo cuando la puerta de la ambulancia se cerró tras ellos. Fue el momento que la joven escogió para depositar en los labios del herido su primer beso.

FIN